

IMPRIMIR

PSICOANALIS DE HITLER

**ROBERTO MERLE
RAYMOND DE SAUSSURE**

Título del original francés:
PSYCHOANALYSE DE HITLER

**Espacio
Disponible**

Editado por
elaleph.com

© 1999 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

**ULTIMAS REVELACIONES
SOBRE HITLER**

**por
ROBERTO MERLE**

Recientemente apareció en los Estados Unidos un libro que proporciona nuevos datos sobre Hitler. Su autor, G. M. Gilbert, es un psicólogo de profesión y, como psicólogo, tuvo la suerte excepcional de ser elegido por el comandante de la prisión de Nüremberg como intérprete encargado de la observación de los dirigentes nazis. A toda hora del día tenía libre acceso ante los prisioneros y pudo cómodamente someterlos a *tests*, estudiar sus reacciones y conversar con ellos. Esa experiencia sensacional se prolongó por todo un año, durante el cual Gilbert tomó nota diariamente, y por lo menudo, de todas sus conversaciones con los ex ministros nazis. Tomó nota, se entiende, no en su presencia, porque ello hubiera disminuido la espontaneidad de sus respuestas, sino inmediatamente después de salir de sus celdas. Hizo más: comprometió a algunos de ellos a escribir informes sobre su propia vida, sobre el movimiento nazi o sobre Adolfo Hitler.

Gilbert no ha revelado aún toda la masa de documentos que así acumuló. Publicó una parte en el *Nüremberg Dairy*. Acaba de divulgar otra parte en un libro aún desconocido del gran público internacional, con el título *The Psychology of Dictatorship* (The Ronald Press Company). Pero conserva como pieza de primer orden un manuscrito de mil páginas sobre *Adolfo Hitler*, escrito por Hans Frank en la prisión de Nüremberg. A juzgar por los fragmentos que ofrece en *The Psychology of Dictatorship*, ese manuscrito tiene un interés extraordinario. Hans Frank, antes de adquirir siniestra nombradía como gobernador general de Polonia, fue, durante años, el abogado de Hitler, y antes de la conquista del poder lo defendió en innumerables procesos por difamación contra ataques que a veces se referían al hombre político, pero más a menudo a su vida privada. Frank estaba, pues, mejor situado que nadie para conocer hechos sobre los que Hitler conservaba el silencio más obstinado, aun en presencia de sus íntimos.

En su libro, Gilbert se apoya, para presentar el "caso Hitler", en ese testimonio capital de Frank. También dispone de valiosas confidencias orales sobre la vida del Führer, confidencias que él suscitó, durante su año en Nüremberg, en los más antiguos compañeros de lucha de Hitler. Por fin, aprovecha otros testimonios ya conocidos, pero confirmados en forma impresionante por las informaciones inéditas, especialmente los de Greiner o de Otto Strasser. Greiner, como es sabido, fue un artista plástico, compañero de miseria de los años vieneses de Hitler, y Otto Strasser no es otro que el hermano de Gregor Strasser, rival infortunado del Führer en el partido nazi. Gregor fue eliminado durante la purga Roehm, pero Otto pudo escapar al extranjero y decir todo lo que su hermano le había comunicado, y todo lo que él mismo sabía sobre Adolfo Hitler.

Abigarrado de informaciones, informaciones que él compara entre sí y critica, el análisis de Gilbert, trazado con una sobriedad convincente, no descuida factor alguno, público o privado, capaz de dilucidar ese singular destino. Una de las primeras impresiones que se deducen de ese estudio coincide con la que nos había dejado el bello libro de François-Poncet sobre su embajada en Berlín. Puede resumirse así: el destino de Adolfo Hitler fue la única cosa notable de un hombre que, por lo demás, ha sido absolutamente mediocre. Debemos desprendernos, pues, del mito romántico de los ángeles negros, de los azotes de Dios y de los monstruos históricos más o menos sagrados: un hombre puede hundir al mundo en el fuego y la sangre, sin tener en sí nada de excepcional. Porque no se le puede atribuir un valor extraordinario a lo que fue -fenómeno baladí en psiquiatría- el secreto del hombre que se llamó Hitler: la trasmutación de sentimientos de inferioridad y frustración en superioridad y en odios frenéticos extendidos a grupos enteros.

La influencia recíproca del hombre y el medio es aquí evidente. Hitler no inventó nada. Alemania había vivido largo tiempo obsesionada por la glorificación de la raza, el odio a los grupos no-germanos, la manía de la persecución y el sueño grandioso de la "misión histórica". Después de la derrota de 1918, la humillación la precipitó más que

nunca en esa megalomanía falaz. Lo que cabe destacar aquí, lo que es capital para la comprensión del movimiento nazi, es que Hitler se sintió forzado a identificarse, para resolver sus conflictos personales, con la conciencia histórica alemana. En realidad, pudo encontrar otras justificaciones a su sentimiento personal de fracaso, distintas a las justificaciones históricas; pero, sin vínculos burgueses y de casta, sin filiación obrera ni campesina, Hitler, en sus años vieneses, era un desclasado, un fracaso, un hombre al margen. No podía identificarse con ningún grupo social o cultural definido, cuyas tradiciones y cuya lucha pudiera hacer suyas. No era sino un hombre alemán abstracto, y lo sabía. No podía, pues, hallar un canal para su furiosa necesidad de agresión, sino integrándose en el grupo más amplio y abstracto al que, como alemán, podía por lo menos unirse: la patria. Y pudo hacerlo tanto mejor cuanto que la conciencia histórica de esa patria, herida por la derrota de 1918, hallábase, como la suya después de los fracasos reiterados de su vida privada, en plena evolución patológica. La derrota de Alemania era así la suya, y el desquite de Alemania sería también el suyo. Hitler pudo, sin dificultades, encarar esa conciencia histórica humillada, y muy pronto encarnarla a sus propios ojos, considerarse como su mesías. Había en él, realmente, un elemento mesiánico. En su espíritu se confundía totalmente con la idea que él representaba. Los temas de la conciencia histórica alemana se relacionaban íntima, profundamente, con los temas de su conciencia. Para él eran intensamente vivaces. Más aún, eran su vida, Hitler podía derramar verdaderas lágrimas sobre la persecución de la pobre Alemania por la Sociedad de las Naciones, porque lloraba, de hecho, sobre el pintor que la Academia de Bellas Artes de Viena -otra sociedad oficial- había desdeñado con tanta crueldad. Podía vibrar de odio y de repugnancia ante la idea de que los judíos pudieran pisotear la raza alemana, porque en Viena la muchacha que él amaba había preferido un judío.

Esos temas de la persecución del noble héroe germano y de la contaminación racial eran corrientes en Alemania, y Hitler, repetimos, no los inventó. Pero los expresó con una intensidad de emoción personal,

un frenesí de cólera y de lágrimas que multiplicaban su poder de choque y de contagio, y que explica así su éxito entre las masas, Esos temas que le había ofrecido Alemania, él se los devolvió, y al fin se los impuso, imprimiéndoles una virulencia que no habían alcanzado hasta entonces. Porque esas ideas de poder y de odio que tantas generaciones de pedagogos alemanes habían desarrollado como sueños brumosos, complaciéndose en ellos pero sin creer absolutamente en su realidad, eran para Hitler de una verdad literal. Creía en ellos con todo su ser, con todo su pasado; eran su carne y su sangre. Y los exponía con el romanticismo frenético y ciego de un hombre sin cultura, sin criterio, y además petrificado en feroces prejuicios provinciales, animado de una estúpida xenofobia, hinchado de nociones librescas de autodidacto. Pero, en realidad, esos defectos, y su propia mediocridad, le servían. Era necesario ser singularmente estrecho y limitado para elevar los eternos temas vengativos de las clases medias alemanas a la dignidad (y a la eficacia) de una religión revelada.

Aquí se impone una comprobación que obliga a reflexionar: los temas paranoicos de odio y poderío en la conciencia histórica alemana eran temas enfermizos que ciertos hombres normales en general, pero sometidos a la angustia de la época, habían adoptado. Tales temas agresivos no alcanzaban, por cierto, la adhesión plena de esas conciencias normales. Por ejemplo, el odio al judío, en el alemán medio, era sobre todo una compensación imaginativa. Permitía al antiguo soldado de los cuerpos francos, al *lansquenette* sin trabajo, al zapatero sin clientela, a toda esa pobre gente arruinada, vencida, inferiorizada, creerse víctimas de una conjura mundial, y considerarse, a pesar de todo, inefablemente superiores al profesor judío bien pagado, y cuyas obras de ciencia se traducían a todas las lenguas. Pero ello no significaba, sin embargo, que esas conciencias pensarán seriamente en la destrucción física del judío. En la mayoría de los casos, el odio al judío permanecía en el estado casi lúcido de satisfacción íntima, de grata suficiencia, de satisfacción abstracta. Y allí, precisamente, puede afirmarse que la conciencia enferma del individuo Hitler actuó realmente sobre la historia. Captó un odio

abstracto, latente en un pueblo, y con su lógica de paranoico lo impulsó a consecuencias que ese pueblo no quería realmente, y que, en consecuencia, se esforzó largamente para no ver, y que luego rechazó con horror al conocerlas. Y sin embargo ese pueblo, o, mejor, una fracción de sus *élites*, no era tampoco inocente. Los juegos rencorosos en que su imaginación se había deleitado durante siglos eran confusos y peligrosos. Esas *élites* debían pensar que la historia es obra de los locos tanto como de los sabios, que en las épocas de trastornos se escucha preferentemente a los locos, y que es, por consiguiente, una imprudencia fatal dejarlos jugar, en su infancia, con el odio.

Así se comprende que la vida privada de Adolfo Hitler, al margen de todo interés sensacional o anecdótico, asume para el psicólogo y para el historiador una importancia singular. Si Alemania ha modelado a Hitler, Hitler, por su parte, ha modelado a Alemania, y de los incidentes más decisivos de su infancia y su juventud, se desprendió una actitud frente a la vida que tuvo para su país y para el mundo consecuencias incalculables.

En lo que concierne a la ascendencia inmediata de Hitler, el manuscrito inédito de Frank ofrece precisiones inquietantes sobre hechos hasta ahora oscuros o discutidos, El padre de Hitler, Alois, era hijo ilegítimo de padre desconocido y, según la ley austríaca, recibió el apellido de su madre, María Schickelgruber. Esta se casó más tarde con un tal Hitler, y Alois tenía ya 39 años cuando su padrastro lo legitimó y le dio su nombre. El tardío reconocimiento parece excluir la hipótesis de que ese Hitler fuera realmente el padre de Alois, porque en ese caso no se comprendería por qué esperó tanto tiempo para legitimar a su hijo. En cambio, los diarios de la oposición antinazi revelaron, poco antes de la conquista del poder, que María Schickelgruber había estado, en el momento de nacer Alois, al servicio de una rica familia judía, y que ésta habíale pagado por su hijo, durante años, una pensión por alimentos. La conclusión era que María Schickelgruber, la abuela de Adolfo Hitler, había sido seducida por un miembro de esa familia judía, y que Adolfo Hitler, por consiguiente, tenía en sus venas sangre judía. En este punto

ofrece Frank pormenores de importancia capital. En 1930 Hitler recibió una carta extorsiva de su medio hermano Alois Hitler (hijo de un primer matrimonio de Alois Schickelgruber-Hitler), quien ofrecía mantener en secreto la historia del abuelo judío, mediante compensaciones. Hitler confesó entonces a Frank que sabía lo de la pensión por alimentos pagada a su abuela por un judío; pero, según él, su abuela había obtenido esa pensión por medio de un engaño. Rogó a Frank que verificara el hecho material del pago de la pensión, y Frank, después de investigar, lo confirmó todo. En resumen, los hechos que actualmente pueden considerarse seguros son los siguientes: 1º) Una familia judía que había tenido a su servicio a la abuela de Adolfo Hitler le pagó durante catorce años una pensión por alimentos, después que dio a luz un hijo ilegítimo; 2º) Hitler, aunque negando decididamente que ese hijo ilegítimo fuera el fruto de los amores de su abuela y un judío, admitía sin embargo que su abuela se hallaba en una posición tal, frente a ese judío, que podía obtener de él una pensión por alimentos gracias a una afirmación engañosa.

Como el nacimiento ilegítimo de Alois Schickelgruber-Hitler se sitúa, aproximadamente, medio siglo antes del nacimiento de Adolfo Hitler, podemos preguntarnos cómo hacía éste para estar, o parecer, tan seguro de que el judío en cuestión no fuera su abuelo. Obsérvese, de paso, que el Führer, para salvarse de la "horrible sospecha" de tener sangre judía en las venas, suponía que su abuela había tenido dos amantes a la vez, y que había practicado una forma realmente odiosa de estafa, al hacer creer a uno que el hijo del otro era suyo. La cuestión importante no consiste, sin embargo, en saber si el abuelo de Adolfo Hitler era o no judío. Dejemos aparte la ironía picante de ese hecho: en el fondo, trátase de una cuestión frívola. Lo que importa, si tenemos en cuenta el medio en que vivió el joven Adolfo, y sobre todo el carácter de sus relaciones con su padre, que luego describiremos, es que él supo, y según todas las probabilidades, desde su infancia, que la "pureza aria" de su padre era dudosa.

La vida de este último, a pesar de su resolución de "llegar a ser alguien", no había sido sino un largo fracaso. Después de haber tenido

una cantidad de pequeños oficios, llegó a ser finalmente un modesto empleado de aduana, se retiró a los 56 años y se entregó al alcohol. Su vida sentimental no había sido más feliz: su primera esposa obtuvo una separación por adulterio. Su segunda esposa lo abandonó al cabo de un año. Finalmente se casó, a los 49 años, con Klara Polzl, que tenía entonces 23 años: él había sido su tutor. Cinco niños, entre ellos Adolfo Hitler, nacieron de esa boda. Las condiciones materiales y morales en que vivía esa familia de siete personas eran desastrosas. La promiscuidad más completa: dos adultos y cinco niños apiñados en dos piezas. Los niños no sólo eran testigos de las disputas diarias, en los términos más crudos, entre el padre y la madre, sino también de las violencias sexuales que sobre la joven ejercía el viejo borracho; Adolfo, a los diez años, debía traer cada noche de una taberna "que hedía a tabaco" a un padre embrutecido por el alcohol, y que, por otra parte, lo castigaba frenéticamente con una brutalidad sádica. Tal es, en resumen, el paisaje de esa infancia miserable.

La madre de Adolfo Hitler era joven, indulgente. Él era su hijo preferido y ella tomaba siempre partido a favor de él. Adolfo, por su parte, le era profundamente adicto, y se comprenden perfectamente los sentimientos de odio y repulsión que experimentaba por un padre brutal, alcohólico, que se conducía para con la madre del modo que hemos descrito. Hitler confesó más tarde a Frank que cuando iba a buscar a su padre a la taberna, vivía cada vez "la vergüenza más horrible de su vida", y que "el alcohol, por culpa de su padre, llegó a ser el más grande enemigo de su juventud". Pudo añadir también el tabaco; y, si hubiera sido más lúcido, explicar que la repulsión que le inspiraba su padre se extendía a todas las costumbres paternas. Es notable que Hitler, más tarde, no sólo no fumó jamás, lo que podía explicarse normalmente por el hecho de que no le gustara, sino que además prohibía que se fumara en su presencia: conducta social intolerante que revela el origen emotivo profundo de su repugnancia por el tabaco. Pero el joven Hitler tenía otros medios de satisfacer simbólicamente el odio que reservaba a su padre. Después de leer en un libro que los indios soportaban las peores

torturas sin hablar, decidió no proferir una sola exclamación cuando su padre lo castigaba, y lo hizo.

Su padre quería hacer de él lo que él mismo había sido: un empleado público. Adolfo resolvió no ser nunca un empleado público, y en consecuencia escogió el estado que le parecía más alejado de esa función: el de artista plástico. Valioso ejemplo, señalemos de paso, de vocación voluntaria, inauténtica, escogida no por necesidad interna sino contra alguien, y que debía, por lo tanto, conducir a un fracaso total. El padre de Hitler, por fin, deseaba que su hijo adquiriese una instrucción sólida, y en su presencia insistía a menudo sobre ese punto. Adolfo, que gracias a una memoria feliz había empezado bien en la escuela, dejó inmediatamente de estudiar. Salvo en historia. Pero sólo porque la historia le enseñaba que la casa reinante de Austria había perseguido a los nobles héroes germanos. El profesor era elocuente, y Adolfo vertía lágrimas: como había sido el indio estoico que soporta sin pronunciar palabra los tormentos de un jefe malvado, convirtiéndose en el noble héroe alemán perseguido por una potencia soberana y odiosa, y que tal vez ni siquiera tenía sangre germánica...

Para estar seguros de que Hitler había conocido desde su más corta edad las circunstancias del nacimiento de su padre, basta con recordar las reyertas y las "batallas" entre su padre y su madre, de las que dice en un pasaje autobiográfico velado de *Mein Kampf* que "eran de tal crudeza que no dejaban nada a la imaginación". No es improbable que su madre haya respondido a los golpes con injurias, que haya tratado al hombre de "bastardo" o de "bastardo judío"; y que, cuando él practicaba en presencia de los niños sus agresiones sexuales, lo llamara "puerco judío" (*Saujude*), palabra que, en circunstancias características, hallaremos más adelante en labios de su hijo. Esto explicaría, sin duda, la obsesión maníaca, angustiada, de Hitler, que durante toda su vida imaginó el espectáculo de la pura mujer nórdica "profanada" por un judío repulsivo.

No es seguro que el joven Adolfo supiera con claridad que odiaba a su padre, y por qué lo odiaba. Hasta es probable que hiciera como to-

dos los niños que tienen la desgracia de profesar ese sentimiento: ocultárselo a sí mismo. Cuando murió ese padre cuya muerte, según todas las probabilidades, había deseado a menudo, hubo de experimentar una sensación de alegría y de alivio, pero también -porque el niño cree en el poder mágico del deseo- un vivaz sentimiento de culpabilidad. Ello explica el hecho de que Hitler, al referir más tarde a Frank la escena de la taberna, no dijera que detestaba a su padre, sino apenas que detestaba el alcohol. El alcohol era aquí el símbolo púdico que le permitía satisfacer su odio, aun conservándose en paz con el imperativo categórico del respeto por los padres. Más sintomático aún es ese pasaje de *Mein Kampf* en que Hitler no teme escribir que "honraba a su padre": piadosa declaración manifiestamente contradicha por los hechos. Todos éstos son indicios que prueban que reprimió su odio contra su padre, y que por lo tanto viose obligado a escogerse un padre simbólico -repulsivo, perseguidor, libidinoso- al que pudiera odiar sin transgredir ninguna norma. Ese padre, "como por azar", fue el judío. Lo que explica que Hitler haya creído tan fuertemente, tan ingenuamente toda su vida, en el mito de la omnipotencia de los judíos en los asuntos mundiales. Ese mito era una simple proyección sobre la "raza maldita" de la omnipotencia que la imaginación infantil atribuye habitualmente al padre. Se comprende lo que sucedió entonces: por una parte, Hitler reprimía su rencor contra el padre y escogía al judío como "padre simbólico para odiar" porque el nacimiento dudoso de su padre permitía suponer que era judío. Por otra parte, y por razones muy evidentes de defensa personal, negaba desesperadamente, aunque sin aportar ninguna prueba, que su padre fuera medio judío. Por el contrario, él "honraba" a su padre, proclamaba su inocencia, echaba en *Mein Kampf* un velo púdico sobre sus brutalidades y errores, silenciaba su alcoholismo y trasmutaba milagrosamente en triunfo el fracaso lamentable de toda una vida: llegaba a decir que su padre había "dominado su destino". La transferencia estaba consumada. El verdadero padre de Adolfo Hitler era ahora digno de su hijo, mientras que el padre simbólico heredaba todos sus vicios y el odio inexplicable que su hijo le profesaba. Literalmente, era un "padre

para matar", y que, como no era su verdadero padre, él podía matar, en paz con su conciencia.

Estas relaciones con su padre iluminan con viva luz un episodio muy interesante de la juventud de Hitler en Viena. Encontró en el estudio de su amigo el pintor Greiner una muchacha de diecisiete años que posaba para él. Tratábase de un *afiche* para una marca de ropa interior. La modelo tenía un hermoso tipo nórdico y Hitler se enamoró de ella. Procuró hacerle la corte en todas las formas posibles, pero siempre fue rechazado. Se obstinó, y un día, hallándose solo con ella en el estudio de Greiner mientras se desvestía, lanzóse sobre ella. Ese empleo de la violencia recordaba en forma impresionante el estilo paternal, pero Hitler no tenía probablemente el vigor de su padre, y la muchacha consiguió zafarse. En ese momento llegó Greiner. La muchacha salió de la escaramuza con algunos moretones y mordiscos, y Greiner la disuadió de presentar una denuncia.

Era el primer amor de Hitler. El fracaso fue quemante, la herida profunda. Desgraciadamente, lo que siguió a ese episodio agravó aún el mal. Al poco tiempo la muchacha tenía novio, y Hitler supo que el novio, aunque bautizado, era medio judío. De dolor y de rabia se puso fuera de sí. Declaró a Greiner que estrangularía a ese "puerco judío" (*Saujude*) que osaba profanar su belleza aria, y escribió al joven una carta de amenazas y de insultos en la que decía que la muchacha era "de él", y que no aceptaría nunca que un *Saujude* se la quitara. Más tarde, al encontrarse con la pareja en la calle le hizo una escena violenta, y excitó a la multitud para que hiciera un escarmiento con los judíos que seducían "a nuestras mujeres alemanas". Hizo una nueva tentativa de escándalo en la ceremonia de la boda, pero dos policías sin uniforme, llevados allá con ese fin, lo expulsaron. Si tratamos de comprender lo que había tras esas manifestaciones de demencia, veremos que Hitler había tratado de sustituir simbólicamente al padre en la conquista, por la violencia, de la "pura muchacha nórdica"; que esa conquista había fracasado; y que de pronto su padre había reaparecido para quitarle "su mujer alemana", con los rasgos de un *Saujude* repulsivo y victorioso.

He aquí, pues, que el padre simbólico le robaba y le profanaba a "su novia", como el padre real le había robado y profanado a su madre. No puede asombrar, después de esto, que el episodio haya desencadenado en él una sensación de fracaso angustioso e insostenible, al que no podía escapar sino hundiéndose más en el odio frenético al judío y los sueños paranoicos de destrucción en masa. Véase también la incidencia de la profesión del novio judío en el antisemitismo de Hitler: es característico que Hitler, en sus discursos ulteriores, haya empleado constantemente la palabra "ju-dío" como sinónimo de la palabra "rique-za", cuando en Viena, sobre todo, donde se apiñaban todos los refugiados de los *ghettos* de Polonia, el porcentaje de los judíos prósperos era ínfimo en relación con la población judía de la ciudad.

El complejo de Edipo es, sin duda, menos universal de lo que pensaron ciertos freudianos, pero es difícil no admitir su existencia en este caso individual. De hecho, abundan las pruebas para demostrar qué determinó en Hitler, en su infancia y juventud, conflictos psicosexuales de excepcional violencia. En ese sentido, y a la luz de lo que sabemos de las consecuencias, sobre las inclinaciones sexuales, de un complejo de Edipo mal resuelto, se plantea evidentemente la cuestión de la homosexualidad de Hitler. No parece, según Gilbert, quien pudo interrogar sobre ese punto a sus íntimos, que las historias sensacionales puestas en circulación por los antinazis alemanes se hayan fundado en algo serio. Sin embargo, ciertos indicios provocan una impresión ambigua.

A Greiner, que en Viena se alarmaba de verle frecuentar a homosexuales, Hitler le respondió: "No te hagas mala sangre. Soy demasiado tuberculoso para gustar a las mujeres o a los hombres". La respuesta es interesante y "rica". Visiblemente, elude la pregunta. La respuesta normal era: "No me atraen los hombres". Es significativo que Hitler no la dijera, y que en vez de responder sobre sus gustos sexuales hablara de su poder de seducción. Su respuesta, en limpio, puede resumirse así: "He renunciado a toda actividad sexual porque soy incapaz, en mi estado de salud, de gustar a los hombres o a las mujeres". Pero el estado de salud era una excusa falaz, porque Hitler no estaba tuberculoso, y la ex-

perencia prueba que los tuberculosos pueden gustar. Nos queda, pues, una declaración de impotencia mal motivada, que excluye prácticamente toda actividad erótica, pero sin excluir *a priori*, y en un plano mental, los amores anormales. Podemos deducir, a falta de toda referencia segura que nos muestre en Hitler a un homosexual comprobado, que había en él por lo menos una homosexualidad latente, y que se revelaba, por ejemplo, en el hecho de que se apegaba poco a las mujeres (incluida Eva Braun) y mucho a los hombres. Ello es particularmente cierto de sus relaciones con los viejos compañeros de lucha, a los que perdonaba los peores desvíos con tal de que fueran *fieles*.

Su actitud para con Roehm es, en este sentido, interesante, y por más de una razón. Antes de la conquista del poder, Frank tuvo que defender a Roehm, en un proceso por difamación, contra la acusación de homosexualidad. Investigó, descubrió que la acusación era fundada, y se lo dijo al Führer. Hitler respondió que mientras Roehm no pervirtiera a muchachos de corta edad, ello no tenía importancia. Roehm, por lo tanto, podía tener todas las relaciones que quisiera con los jefes de las tropas de asalto: Hitler cerraba los ojos, mientras Roehm y sus jefes fueran fieles a él. En otros términos, podían amarse como prefirieran, con tal de que se amaran "en Hitler". Y esa fidelidad no era solamente la única virtud que el Führer exigía de ellos, sino que definía su honor, y en una escala más amplia el honor SS (*Meine Ehre heisst Treue*). Es sabido cómo Roehm y sus acólitos se "deshonraron", y se recuerda la orgía de sangre que pagó esa defección. Lo que interesa en grado sumo es que Hitler denunció a Roehm, ante la faz de Alemania y del mundo, como un "repugnante homosexual". Puesto que no ignoraba las costumbres de Roehm antes de la purga, atribuyóse esa denuncia a la duplicidad que había demostrado tantas veces. Pero ésa es, a mi juicio, una explicación superficial. Hitler se había sentido traicionado por la camarilla homosexual de Roehm, y en su lógica de perseguido paranoico había deducido de ello, en el acto, que Roehm lo había traicionado *porque era homosexual*, y que todos los homosexuales, por consiguiente, eran traidores natos, y perfectamente incapaces de fidelidad y

de honor. Lo que explica el hecho de que, más tarde, ubicó a los homosexuales entre los enemigos del Estado nazi, y los enviara, marcados de un triángulo rosado, a los campos de exterminio. Vemos así cómo funcionaba su espíritu, y según qué lógica demente: dado que odiaba a su padre y que un medio judío le había "quitado" la mujer que amaba, todos los judíos debían perecer; y como Roehm, que lo había traicionado, era homosexual, todos los homosexuales debían ir a pudrirse en los campos de concentración.

Los amores de Hitler y de Eva Braun no contradicen este análisis. Su doble y dramático suicidio en el *Bunker* de Berlín, ha impresionado, por su carácter sensacional, la imaginación de las masas e inclinado los espíritus a atribuir más importancia a esos amores de la que realmente tuvieron. Ese carácter sensacional ha sido sin duda voluntario en el Führer, hábil director de escena, y es evidente que se sirvió, en este último acto, de Eva Braun, para introducir en su suicidio una nota idílica, en poderoso contraste con la sangre y los horrores del "crepúsculo de los dioses". En realidad, según los testimonios de los íntimos de Hitler, y sobre todo por Baldur von Schirach, cuya esposa estaba vinculada estrechamente a Eva Braun, ésta no tenía en la vida del Führer el ascendiente que parece concederle ese desenlace teatral. La impresión de von Schirach y su esposa, en ese sentido, es que era más bien una muñeca decorativa, a la que Hitler usaba para imprimir un aspecto normal a su vida privada, y que, por otra parte, las relaciones de la pareja no eran precisamente "normales". Más interesante es aún, en mi criterio, la profesión que ejercía Eva Braun cuando Hitler dio con ella: era modelo, como la muchacha de Viena. Podemos pensar que no fue una simple coincidencia, sino que esa circunstancia ha sido, por el contrario, decisiva en la elección que Hitler hizo de ella; gracias a la identidad de profesiones, él se anotaba un desquite simbólico sobre su fracaso vienes.

Las relaciones de Hitler con su joven sobrina son menos conocidas que sus amores con Eva, pero tienen un interés mayor, y concluyen notablemente el retrato del hombre privado que aquí se procura trazar.

Poco antes de asumir el poder, Hitler vivía en casa de una media hermana y la hija de ésta, Geli Raubal. Según el testimonio de Otto Strasser, Hitler habría asediado a su sobrina, o más exactamente, le habría hecho proposiciones de un carácter especial. Geli confesó a Otto Strasser que su tío se irritó locamente un día, y la encerró con llave en su cuarto porque ella rehusaba someterse a "prácticas increíbles". Poco después, un tal Padre Semple vendió al tesorero del partido nazi una carta que no dejaba dudas sobre este episodio. Además, un periodista llamado Gehrlich había "olido" el asunto, metió la nariz y consiguió reunir ciertas informaciones. El 18 de setiembre de 1931 la hermosa Geli fue hallada muerta de un balazo, y según Otto Strasser, Hitler había confesado a su hermano, Gregor Strasser, que había matado a la muchacha. Estaba fuera de sí de pena y de desesperación, y a Gregor le costó trabajo impedirle que se matara. Sin embargo, el juez encontró que se trataba de un "suicidio por accidente", y Geli fue sepultada en la iglesia. Es difícil llegar a la certeza sobre este punto, pero una circunstancia invita a reflexionar. El Padre Semple, Gehrlich y Gregor Strasser, fueron los tres liquidados poco después, con motivo del asunto Roehm, en el que, evidentemente, no tenían nada que ver. Es probable que Otto Strasser habría sido también asesinado si Hitler hubiera sabido que él había recibido las confidencias de Gregor. Otto, en todo caso, se sintió en peligro y se refugió en el extranjero. Los diarios de la oposición antinazi se apoderaron del asunto Geli, y sin acusar a Hitler de haberla matado, publicaron que Geli se había suicidado ante las "proposiciones infames" de su tío. Gilbert interrogó a Goering, en la prisión de Núremberg, sobre esa muerte misteriosa, y la respuesta de Goering es interesante: aseguró que el suicidio había sido puramente accidental. Geli, que debía salir esa noche, había tomado el revólver de Hitler y la bala salió por casualidad. Goering repitió varias veces que el suicidio fue accidental y que podía jurarlo, porque llegó al lugar a los pocos minutos. Gilbert indica con razón que esa versión hace las cosas aún más sospechosas, porque confirma que el tiro había sido disparado con el revólver de Hitler, y que Goering llegó inmediatamente. Es posible que

Hitler, en su confusión, haya llamado a Goering, en quien podía tener una confianza plena, y que fuera Goering quien imprimiera al asesinato la apariencia de un suicidio. Era difícil, para Goering, confesar su complicidad en ese crimen pasional; y, por lo demás, en el proceso de Núremberg sostenía una actitud de lealtad perfecta para con el Führer, y esa lealtad excluía una confesión semejante.

En todo caso, Frank y Goering, interrogados por Gilbert, confirmaron la versión de Otto y Gregor Strasser en cuanto a la desesperación y a las ideas de suicidio que se apoderaron del Führer a la muerte de Geli. Pasó dos días llorándola sin tomar alimento alguno, y Goering hubo de arrancarle de allí casi a la fuerza para llevarlo a Hamburgo, donde había de pronunciar un gran discurso político. Ambos hombres se detuvieron por el camino en un hospedaje para pasar la noche. A la mañana siguiente, según el relato que Goering hiciera a Gilbert, sirvióse jamón en el desayuno, y Hitler de pronto alejó el plato diciendo: "Es como si comiera de un cadáver". Y a partir de ese instante, a pesar de cuanto se hizo por debilitar su decisión, nunca más tocó carne. Esa autoprohibición súbita y definitiva se asocia, evidentemente, al recuerdo obsesivo de la joven muerta. Como se recordará, Hitler había mordido a la muchacha de Viena, y puede pensarse que el mordisco formaba parte de esas inclinaciones sexuales que habían asustado a Geli como las demás prácticas sádicas. Pero el sentido simbólico es aquí, probablemente, más importante que el sentido literal. La extraña declaración de Hitler significaba, evidentemente, que "renunciaba a la carne" para castigarse por la muerte de Geli; pero que renunciaba simbólicamente, sustituyendo por el sacrificio de un alimento el de sus preferencias sexuales. Del mismo modo, el sacerdote antiguo sustituía por un animal la víctima humana. Vemos en este punto el carácter de sacrificio del vegetarianismo de Hitler y el aspecto primitivo de su sentimiento religioso: apaciguaba a los dioses, pero económicamente. Una vez que "sacrificó" la carne, quedó de nuevo en paz con su conciencia; y podía recomenzar su vida y su lucha, aun después de la muerte de Geli.

Es interesante recordar, a propósito de la actitud de Hitler para con su sobrina, a la que llevaba veinte años, que su padre habíase casado con una ahijada que era, también, veinte años menor que él. En ambos casos vemos a un hombre de más de cuarenta años abusar de la familiaridad que le conceden, ante una muchacha, los vínculos de parentesco. Y podemos pensar que aquí, como en la violación frustrada de la modelo vienesa, la imitación del padre, el deseo de rivalizar con él, actuaron en Hitler más o menos conscientemente. Pero la imitación no se refería solamente, como en Viena, a la forma de acercamiento sexual - violenta, lo hemos visto, tanto con Geli como con la modelo- sino, en forma más interesante, sobre la elección del objeto. Evidentemente es esencial el carácter incestuoso de ese objeto.

Puede parecer paradójico, a primera vista, dada la juventud de Geli, que Hitler haya transferido a su sobrina la fijación amorosa con su madre. Pero, en realidad, él volvía a colocarse en la situación del padre cuádragenario que se casaba con su ahijada veinte años menor. Geli, en otros términos, era su madre *en la época* en que su padre había abusado de la juventud de su ahijada. Ésa es una razón para pensar que fue él, efectivamente, quien asesinó a Geli. La mató, probablemente, en un acceso de rabia frenética, cuando vio que ella lo rechazaba, y que él fracasaba donde su padre había triunfado. Matarla, entraba en la lógica de su pensamiento paranoico, porque esa era para él una derrota capital, probablemente la más grave de su vida privada, y Hitler, lo hemos visto, no podía sufrir un fracaso sin proyectarlo inmediatamente en rencor por los otros y deseo de destruir a los otros. Pero, muerta Geli, tuvo un momento de desesperación. Comprendió que había "matado" a su madre, y que esa muerte le quitaba para siempre toda posibilidad de reemplazar simbólicamente a su padre. No es asombroso, en esas condiciones, que haya pensado en el suicidio. Si, desdichadamente para el mundo, no cumplió ese proyecto, es porque desde muchos años atrás se había desviado cada vez más de su vida privada para identificar su fracaso con el de Alemania. En ese plano se jugaría en adelante su partida contra el padre, y el suicidio, en caso de ser vencido, se impondría,

como se impuso de hecho en el *Bunker* de Berlín. Es característico que la identificación de su Yo con Alemania llegara, en esa época, a ser tan total, tan mística, que no imaginó un solo instante la posibilidad de que Alemania pudiera sobrevivirle, e impartió órdenes para la destrucción completa del pueblo alemán, "porque no había conseguido probar su superioridad sobre los otros pueblos".

La muerte de Geli, que precedió en pocos años a la purga Roehm, es importante, porque cortó el último lazo que unía a Hitler con su propia vida privada, y las posibilidades de apaciguamiento y de satisfacción que le quedaban en ese orden de cosas. Es posible que si Geli hubiera aceptado las pretensiones de su tío, la faz del mundo habría cambiado.

PSICOANÁLISIS DE HITLER

por

R. DE SAUSSURE

Freud ha demostrado que las actitudes neuróticas del adulto son consecuencia de conflictos mal resueltos, o no reabsorbidos, durante la primera infancia. Aun cuando han desaparecido los personajes primitivos del drama, el individuo recrea situaciones análogas a las de su infancia y ello le permite vivir los sentimientos que reprimió en el pasado. Si un niño no ha podido liquidar normalmente su odio, sus celos, su amor, o su curiosidad, se empeñará toda su vida, aunque no a sabiendas de su conciencia, en suscitar condiciones que le permitan revivir esa emoción. Descargar ese afecto¹ se le convierte en una necesidad psicológica.

Para conocer bien esos conflictos de la infancia es preciso someter al enfermo al psicoanálisis. Como no es posible proceder de ese modo con Hitler, nos vemos reducidos a las informaciones que nos ofrecen sus biógrafos o su *Mein Kampf*.

CRISIS INFANTIL

Adolfo, aun ingenuo, confesó su deseo de llegar a ser pintor. Un poco de comprensión habría permitido tal vez al guardia aduanero de Braunau orientar progresivamente a su hijo hacia otros centros de interés; pero su carácter arrebatado pudo más. Quería decidir la carrera de su hijo, y no toleraba que éste tuviera otra opinión.

¹ Empleamos aquí el término afecto para expresar un sentimiento que había sido más o menos reprimido y que emerge nuevamente no de la conciencia, sino de la subconsciencia.

Contrariado en sus sueños más caros, Adolfo se indignó y mostróse resuelto a una oposición irreductible.

Ese primer combate es grave. Fija definitivamente unos modos de reacción que veremos reaparecer en toda la existencia de Adolfo: tozudez y disimulo si se le resiste.

Desde ese momento, algo se ha quebrado en él. No es ya el muchacho de fresca sonrisa, no tiene ya esa claridad que animaba su semblante. La vida lo ha golpeado. No será el alumno normal, ávido de saber, que ha sido hasta ahora.

¿Qué es lo que retiene ahora en la escuela? Ciertamente, sólo aquello de que podrá servirse contra su padre, como de un arma. Tiende el oído cuando habla ese viejo profesor Potsch, pangermanista convencido que enseña historia. Adolfo, que odia la escuela, tiene, en cambio, verdadera veneración por ese maestro que emplea un lenguaje tan distinto al de su padre. "La monarquía austríaca no tiene poder ni gloria, está hecha de un conglomerado de pueblos, y se convierte, cada día más, en sierva de los esclavos y de los judíos. Lo que corresponde a Austria es colocarse al flanco de Alemania. ¡Qué vergüenza no haber participado, en 1870, de la victoria prusiana!".

Hitler tiene ahora un aliado. Se identifica con él y se siente más fuerte que su padre. Nútrese de esas lecciones de historia; ellas le consuelan de la prisión cotidiana que soporta.

Así estaban las cosas cuando, súbitamente, murió su padre. ¡Qué tumulto en esa alma de niño! Adolfo se ve libre de aquél que lo abrumaba, de aquél a quien detestaba y a quien, en ciertos momentos, no podía ver. ¿Pero es posible combatir a quien ya no existe? ¿Puede uno alegrarse de una victoria sobre un muerto? Es una cobardía. Es una culpa grave.

Una duda confusa y terrible se mezcla a la revuelta. La hora del triunfo, la hora de las victorias fáciles ha pasado. Confía en que ya no tendrá necesidad de ir a la escuela; pero la orden de su madre es categórica: "Continuarás tus estudios como quería tu padre".

"¡Es demasiado! Que mi padre, a quien yo odiaba, haya querido hacer de mí un empleado público, un prisionero... ¡Pero mi madre! ¿La que yo amaba, la que puede comprenderme, vendrá a ser cómplice de mi enemigo? ¿Deberé luchar contra ella como he luchado contra él? No puedo levantar la mano contra mi madre, si lo hiciera, todos mis sueños se vendrían al suelo. Debo avanzar lentamente hacia ese porvenir sombrío. ¡Piedad, piedad! ¡Es imposible una vida así!"

Adolfo vuelve a la escuela. Quienes lo ven podrían creer que llora a su padre, pero en realidad lo que ha sepultado son sus proyectos, su futuro. Es hosco, no trabaja más, de su juventud se retira la vida, adelgaza. Pronto cae en cama, con una enfermedad de varias semanas, y el médico le impone un largo reposo antes de que pueda recomenzar sus estudios.

Cuando Adolfo escucha esas palabras, una sonrisa pasa por sus labios de adolescente. Querría saltar al cuello de su médico, para besarlo, y besar con él a la vida; pero está aún muy débil, demasiado abatido por todo lo que la muerte de su padre ha representado para él.

Por su sonrisa, por la vida que reaparece en su semblante, Adolfo se atrae a su madre, que ya ha visto morir a tres de sus hijos, y que en su alegría por no haber perdido este otro consiente en inscribirlo en la Academia de Bellas Artes. ¡Ya no tendrá necesidad de volver a esa maldita *Realschule*!

TENDENCIA A LA SUSTITUCIÓN

Todo niño empieza por profesar a sus padres una admiración ilimitada. El padre y la madre saben ejecutar mil cosas que él aún no conoce o que es incapaz de hacer. El niño compensa esta inferioridad con un pensamiento mágico que le permite realizarlo todo, pero en el plano del sueño. Echa un trozo de madera en su baño y hace de él un barco o un pez, según su capricho. Cree en la omnipotencia de su pensamiento.

Pero llega una edad en que no se conforma ya con el sueño, quiere alcanzar la realidad. Imita lo que hacen sus allegados, y a medida que cumple nuevos actos se identifica más con el adulto. Pierde progresivamente la noción de su inferioridad, cobra confianza en sí mismo, abandona su pensamiento mágico a cambio de una adaptación a la realidad. Estas sucesivas identificaciones son mecanismos muy útiles. Después de haber imitado un gesto por cierto tiempo, el niño lo ejecuta en forma autónoma. Determina su técnica, no ya copiando a tal o cual adulto, sino refiriéndola a su propia experiencia.

El hombre que vive en función de su experiencia llega a ser autónomo, y se adapta directamente a la realidad sin la interposición de ningún esquema. La educación puede facilitar considerablemente ese mecanismo de identificación. Si, por ejemplo, un padre enseña a nadar a su hijo, y lo estimula desde la primera brazada, el niño llegará rápidamente a identificarse con su padre, a pensar que nada como él; en una palabra, a sentirse su igual.

Jean Piaget ha demostrado toda la importancia de ese sentimiento de igualdad para la adquisición de la noción de lo real.² Mientras el niño cree ser inferior, registra las cosas y no las asimila verdaderamente, porque se contenta con su obediencia o con su credulidad, en vez de referirse a la experiencia.

Si el educador, en lugar de estimular a su alumno, se burla de él, lo trata irónicamente, lo disminuye, el niño se sentirá herido en su amor propio y pretenderá negar el criterio del adulto. Conservará, al mismo tiempo, la sensación de su torpeza, y la falsa convicción de su propia superioridad con respecto al educador. En vez de identificarse con el adulto, tratará de reemplazarlo. La sustitución es una identificación fallida, que impulsa al individuo a rivalizar con su prójimo, o dominarlo,

² JEAN PIAGET: *Jugement moral chez l'enfant*. París, 1933.

mientras que la identificación le induciría a colaborar con él en un pie de igualdad.³

El conflicto descrito en *Mein Kampf* prueba que Adolfo había sido herido en su amor propio. Puede resumirse en dos proposiciones:

-Tú dices que no soy capaz de ser pintor; te demostraré que no es verdad.

-Tú pretendes mandar en mi vida. Espera, ya verás quién es el más fuerte.

Estas dos proposiciones que Adolfo no ha podido formular ante su madre se han convertido en los móviles subconscientes de su vida de adulto. Puesto que una autoridad se había cruzado en su camino, era preciso que él la derribara y ocupara su lugar.

REACCIÓN DEL PARANOICO

En los años que preceden a la explosión delirante, los paranoicos viven generalmente un período de intensa introversión; ello se confirma en el caso de Hitler. Durante toda su permanencia en Viena vivió marginado, roído por una constante insatisfacción. Es desocupado, incapaz de adaptarse a la existencia; entre los períodos de mendicidad pasa de un oficio a otro y de un fracaso a otro. Es tímido al punto de no atreverse a vender las tarjetas postales que pinta. Generalmente es tan apocado que ni siquiera consigue trabajar. Se siente distinto del prójimo y se retrae. No tiene amigos. Vegeta, abrumado por sentimientos de inferioridad, pero oculta, al mismo tiempo, sus ímpetus de revuelta, de orgullo y de vanidad.

³ R. DE SAUSSURE: *Conduites d'expérience et conduites d'obéissance, Évolution psychiatrique*, París, 1937, pág. 81.

Todos los paranoicos⁴ están sometidos a una reacción elemental: todo o nada. Desde su infancia alimentan una ambición desenfadada; deben ocupar una posición única. No se sentirán satisfechos a menos que esa situación se realice íntegramente. No aceptan ninguna transacción, un éxito a medias o una satisfacción parcial. Necesitan todo o nada.

La situación se opone a su necesidad de tiranía. Entonces se retiran, y detestan cada vez más a sus semejantes. Prefieren no hacer nada antes que renunciar a una parte de sus exigencias. Se desinteresan progresivamente del mundo real y retroceden hacia el pensamiento infantil, en el que, como hemos dicho, el deseo es todopoderoso. A favor de ciertas circunstancias exteriores, tales enfermos retoman bruscamente contacto con la sociedad, pero no para adaptarse a ella sino para imponerle sus sueños. Entonces pasan, sencillamente, de la reacción nada a la reacción todo.

En el período de inhibición retiene a los paranoicos su sentimiento de culpabilidad. Así como el hombre primitivo no se atreve a tocar a su jefe, porque ese gesto contiene ya simbólicamente el deseo de posesionarse de él, el paranoico, en su período prodrómico, no osa manifestar una reacción, temeroso de hallar en ella la audacia de realizar todas sus ambiciones y satisfacer todos sus rencores. Vese forzado, pues, a vivir interiormente, oníricamente, todo aquello que desea. Todo su interés se concentra en su sueño interior. Pero un día el dique se rompe, los deseos reprimidos se abren paso, es un torrente que todo lo derriba. A partir del día en que el paranoico vive su "todo", es exactamente lo contrario de lo que era en la época de inhibición.

Hitler vivió hasta 1918 bajo el régimen del "nada"; desde esa fecha, el "todo" ha venido a ser en él cada vez más imperativo.

¿A favor de qué incidente se ha producido ese cambio radical? Hemos visto en el párrafo anterior cómo Adolfo Hitler, al tropezar con

⁴ El paranoico es un hombre afectado de delirio sistemático. Ver el párrafo sobre el diagnóstico de Hitler.

la intransigencia de su padre, renunció a discutir con él acerca de su carrera. El antagonismo se había desplazado hacia las cuestiones políticas; apodoriándose de las ideas de su querido pro-fesor Potsch, afirmaba que el pangerma-nismo tenía más porvenir que la monarquía austríaca. Deseaba, desde aquella edad, una fusión de ambos imperios, que simbolizaba para él una victoria personal alcanzada sobre su padre.

De ahí que, cuando estalló la guerra de 1914, su corazón desbordó de júbilo. Participar de la gloria de los ejércitos alemanes era triunfar sobre el autor de sus días.

"De todo corazón doy gracias al cielo por haberme dispensado la ventura de poder vivir en una época tal". escribirá más tarde en *Mein Kampf*. Con ese estado de ánimo se alista como voluntario en 1914. Sabemos que fue herido, y mientras se halla en el hospital llegan las noticias de las revueltas en la retaguardia, el armisticio de Compiègne, la fuga del Emperador; en una palabra, la derrota alemana. ¿Cómo podía él creer en esa realidad, él que día a día se embriagaba con las victorias alemanas? No hubo derrota, hubo traición. ¿Acaso los ejércitos alemanes no estaban en suelo francés?

El triunfo alemán era una realidad más viva que cualquier otra realidad. No se le puede destruir su sueño, su victoria. El ha entrado en guerra para participar de la gloria alemana, y todo lo que ahora se le anuncia le parece falso, archifalso. El modesto soldado se siente hoy más grande que los generales a quienes ha servido. Ellos perdieron la guerra, pero él la ganó.

Súbitamente nace en él una energía ardiente. Para salvar la realidad de su sueño, proclama por doquiera la victoria; surge del fondo de su ser una elocuencia nueva, insospechada. Ahora sabe que el mundo se engaña, pero que él tiene razón. Una revolución se opera en él; ya no es el hombre aplastado, inhibido, vencido: es el vencedor, aquel a quien nadie resistirá ya. Posee la verdad. Se consagrará a la política.

El día en que Hitler tomó esa decisión tuvo una visión, porque, acostumbrado a sofocar sus deseos, se ha convertido en visionario. Ha visto la destrucción del comunismo, ha visto los otros pueblos sometidos

dos a Alemania, ha visto que llegaba a jefe de esa conmoción enorme de su patria, y luego de Europa y del mundo.

Hitler llevaba ese sueño en él; pero, ¿cómo realizarlo? ¡Llevaba auestas tanto odio, tanta destrucción! El odio contra su padre le había impedido triunfar en su carrera de pintor, y lo había reducido al estado de un pobre desocupado; el odio también, pero decuplicado, contra esa humanidad que una vez más había destrozado su sueño, ¿debería sofocarlo a la postre en un rencor estéril? No. Una cosa le permitió pasar a la acción. fue el asentimiento de sus superiores. Simbólicamente, y desde el punto de vista de la subconciencia, los oficiales eran sustitutos de su padre; si ellos permitían obrar, la prohibición caía, el problema estaba resuelto. Era como si el padre, arrepentido de su prohibición, hubiera consentido, por fin, en que su hijo escogiese la carrera de su gusto.

Los oficiales conservadores, alarmados por la propagación de las ideas comunistas, se asombraron del inesperado despertar de ese soldado tímido y servil, de ese Hitler, agente subsidiado por ellos, cuyo espíritu de protesta parecía inspirarse en las fuentes profundas del corazón humano. Lo habían hecho hablar ante auditorios de soldados para levantar la moral de las tropas. También lo estimuló otro asentimiento, el de Drexler, que lo invitó a ser uno de los miembros del comité del Partido Obrero Alemán. En ese partido, Hitler podía imponerse, podía desplegar la forma totalitaria de su espíritu paranoico. No tropezaría sino con una resistencia mínima. Era el trampolín ideal. En ese partido encontraría también los éxitos suficientes para atreverse a ser un jefe absoluto.

El tímido pintor austríaco no tiene ya dificultades para imponerse a la multitud; sueña delante de ella. Afirma que Alemania no ha sido destruida, que el tratado de Versalles no existe, que existe una vasta comunidad germánica, y que ésta debe tomar conciencia de sí misma y dominar el mundo.

COMPLEJO DE EDIPO

Desde que Freud señaló la importancia de los conflictos de la infancia sobre el desarrollo psicosexual del adulto, es imposible emprender el estudio de un neurótico sin describir las emociones de sus primeros años.

Por desgracia, tenemos sobre este punto pocos documentos. Los únicos que nos han llegado hasta ahora son los que el doctor Kurt Krueger publicó en su libro *Inside Hitler*. Este médico tuvo en tratamiento a Adolfo Hitler desde 1919 a 1934. El paciente era muy irregular en su asistencia al consultorio y Kurt Krueger no pudo obtener de él sino pocos y muy incompletos recuerdos.

Hemos estudiado el conflicto que había rebelado a Adolfo contra su padre. Todos aquellos que tienen cierto conocimiento del psicoanálisis comprenderán inmediatamente que la oposición promovida entre ambos y cuyo pretexto fue la futura profesión de Adolfo, no hubiera cobrado un carácter tan agudo de no disimular un conflicto pasional de muy distinta importancia. Esa lucha no ha sido sino uno de los aspectos de su complejo de Edipo.

Llámase complejo de Edipo la tendencia de cada niño a permanecer ligado a su madre, al tiempo que experimenta un sentimiento de rivalidad para con su padre. Esos mismos sentimientos se encuentran, recíprocamente, en las niñas. Llegan a su apogeo entre los 2 y 6 años, luego son reprimidos y conservan en la subconsciencia cierto dinamismo que les permite gravitar más tarde sobre el destino del individuo. Cuando esos sentimientos evolucionan normalmente, la acción de lo inconsciente se atenúa y la realidad cobra su ascendiente sobre ellos. Los niños terminan por acordar su preferencia a aquel de los padres que realmente la merece.

Krueger nos refiere una serie de incidentes que prueban la existencia de emociones edipianas en el pequeño Adolfo. Hasta la edad de diez años, a menudo se asustaba de noche y se refugiaba en el lecho de sus

padres. Una escena típica se produjo cuando tenía entre siete y diez años. Su madre, que tomaba un baño, le pidió que le trajera el reloj, porque tenía una cita importante a las dos de la tarde. Cuando él se lo llevó, su madre lo tomó en el baño con ella.

Esa escena impresionó tan fuertemente a Hitler que, en la edad adulta, empezó a bañarse todos los días a las dos de la tarde. Aun cuando tuviera una cita importante, prefería faltar antes que renunciar a su baño. No sabía que, inconscientemente, trataba de revivir esa hora pasada con su madre. Fue Krueger quien se lo hizo saber, cuando Hitler le comunicó su recuerdo de la edad de siete años.

Otro incidente, a los diez, debía imprimirle un odio implacable y eterno. Una noche que había salido a tenderse en la hierba -hacía un calor insoportable- le sorprendió, de pronto, la risa de su madre, que vibraba a pocos pasos de allí. Mira, la ve acostada, y cerca de ella el almacenero, un judío llamado Sachs, que la besa. Espantado, volvió a su cuarto silenciosamente y allí vomitó su cena. Nunca confesó a su madre que había sorprendido esa escena.

Ese recuerdo no explica solamente el odio que Hitler profesó más tarde a los judíos, su deseo de atormentarlos en la forma más atroz, sino que reforzó ciertamente la hostilidad que le inspiraba su padre, incapaz de vigilar a su madre.

En la vida del adulto sucede a menudo que las emociones del conflicto edipiano se transfieren a otros objetos, porque el complejo en sí mismo ha sido rechazado. Es lo que ocurrió con Hitler, en quien el odio al padre mudóse en una necesidad de destruir el mundo, y el amor a la madre vino a ser la adoración de la patria.

A la muerte de su padre, Adolfo pudo tener a su madre para sí solo; esa situación, deseada inconscientemente, comportaba sin duda una mancha de culpabilidad. Criado por su madre, ésta vino a ser, a la vez, objeto de ternura y símbolo de autoridad, circunstancia que con frecuencia favorece una identificación con la madre, caso en que el niño se convierte en un afeminado. En cambio, cuando el padre vive, el niño entra en conflicto con él, reprime esa hostilidad y se identifica con el

hombre adulto. Durante su adolescencia, y hasta la edad de treinta años, la falta de virilidad ha sido en Hitler muy característica. En ese período mujer alguna desempeñó un papel en su vida; incluso durante la guerra no se le conoció ninguna amistad femenina, próxima o lejana.

En todo caso, durante sus primeros años en el partido nacionalsozialista amparó con su autoridad ciertas prácticas escandalosas, y sólo a partir de 1934 tomó posición públicamente contra la homosexualidad.

De todos modos, desde el punto de vista erótico debemos reconocer que le atraían más los hombres que las mujeres. La camaradería era para él preciosa. La estructura social del Tercer Reich, tan fuertemente impregnada de sus ideas, fue más homosexual que heterosexual; la vida del partido era más importante que la de la familia; la amistad desempeñaba allí un papel más grande que el amor.

COMPLEJO DE CASTRACIÓN

La vida amorosa de Adolfo, sea masculina o femenina, ha sido pobre en extremo. Ni en Viena, ni en los primeros años de Munich, ni en el ejército, se le conoció una amistad apasionada; lo cierto es que su comportamiento fue el de un impotente sexual.

Estas impotencias de origen psíquico pueden obedecer a toda clase de causas que se remontan a la primera infancia. Los individuos que las padecen actúan como si estuviesen realmente castrados, o como si toda actividad sexual estuviera amenazada con el castigo de la castración. El origen de esos curiosos sentimientos, que por lo común permanecen inconscientes, a veces se debe a una amenaza de los padres, y otras, más frecuentes, son consecuencias de choques emotivos.

Alois Hitler era pobre; tuvo cinco hijos. Adolfo hubo de compartir el cuarto de sus padres a una edad en que estaba en condiciones de recibir un choque a la vista de sus pasatiempos conyugales.

Por causa de su complejo de castración, Adolfo no pudo agredir al mundo exterior con su libido;⁵ su sexualidad no pudo hallar objeto. Era impotente, además, porque no podía ubicarse en la situación del padre, o del amante de su madre; a los dos los odiaba demasiado.

A falta de cómplices sexuales, no debió conocer sino algunos mediocres placeres. Decimos mediocres porque ya no siente que toda su libido se ha reducido a construcciones cerebrales; está replegada sobre sí misma. De ahí que la llamemos narcisista.⁶ Esa potencia sexual que Hitler no puede ejercer frente al mundo exterior, se traduce en una ansiedad constante.

Es un fenómeno análogo al del hambre y la sed que, cuando no son calmadas, provocan finalmente la angustia. En Hitler esta inquietud se complicó con el temor de que el público cayera en la cuenta de su impotencia; por eso organizó una enorme ficción para persuadirse, y persuadir a los otros, de que era un hombre no sólo normal, sino más potente que otros. Todo el apetito sexual se había desplazado de su fin primitivo hacia una construcción puramente onírica e imaginativa que él pretendía imponer al mundo.

Todo el poder que Hitler manifestaba noche y día con su tiranía, con su ejército y su pueblo, con los que se había identificado, no es sino una compensación desmesurada a su sentimiento de castración. Toda la vitalidad de Hitler, todo su interés se concentraban en esa ficción, según la cual se convertiría en amo del mundo. Pero él trató de realizar esa ficción. Resulta de ello que vivía fuera de la realidad, que no retenía su interés nada que no guardase relación con esa ficción. Así se explica que fuera un vagabundo incapaz y un extraordinario hombre de estado, por lo menos en ciertas horas.

Antes de que Hitler pudiera forjar ese enorme instrumento de compensación, sentíase particularmente ansioso tan pronto como se hallaba

⁵ Término empleado por Freud para designar el apetito sexual y todas las apencias que de él pueden derivar.

⁶ En recuerdo de Narciso, que gustaba mirarse en el agua.

en presencia de un hombre revestido de una autoridad cualquiera. "Los que han tenido que tratarle -escribe Heiden- se sintieron impresionados por su falta de seguridad ante hombres con una sólida situación burguesa, diplomas o títulos. Esa falta de seguridad puede concluir tanto en timidez como en una brusquedad exagerada".⁷

DERIVACIÓN NARCISISTA DE LA LIBIDO

Esta impotencia, aunque relegada a un segundo plano en su conciencia, es una tortura constante para Hitler. Con todo, su inquietud se desplaza hacia otros planos. Uno siente que él no puede soportar crítica alguna porque ve en ella, en función de la subconsciencia, cuyo lenguaje es siempre simbólico, como una alusión a su impotencia.

Varias particularidades de su carácter se explican por esa ansiedad. Vive fuera de la realidad, en su sueño de grandeza que lo absorbe a toda hora. Por eso no puede solazarse en un pequeño círculo de amigos. Una conversación baladí lo fatiga, porque no le es dado manifestar en ella ningún poder, ninguna superioridad, mientras que él puede, por días enteros, soñar sólo con inauditas conquistas o con trastornar el mundo. La música, sobre todo la de Wagner -de la que él gusta especialmente-, lo ayuda a rumiar sus ideas megalomaniacas.

Ese temor de que el mundo pueda reconocer en él a un impotente, esa obsesión de disimular su debilidad a sus propios ojos, crearon una disposición de espíritu que contribuyó en alto grado a su éxito, y que podríamos llamar su "complejo de seguridad". Este ser tan impulsivo, tan dueño de sí mismo cuando había de recibir a diplomáticos extranjeros, se conducía con una prudencia casi genial cuando se lanzaba a la acción.

⁷ KONRAD HEIDEN: *Hitler*, pág. 62.

Es cierto que a veces se mostró imprudente; por ejemplo, en el *putsch* de Munich. Pero, por lo común, ¿no ha sabido esperar el momento favorable con una paciencia que asombraba en un ser tan espolado por la voluntad de triunfar?

A cada escalón de su ascenso al poder, el miedo de perder lo que había conquistado era aún más grande que su ambición de pisar el escalón siguiente. Toda amputación de su gloria ya alcanzada le parecía una castración total, que era preciso evitar a cualquier precio. De ahí esa prudencia sorprendente.

"Es frecuente, en la prensa francesa o británica -escribe Robert d'Harcourt- destacar la brutalidad del dinamismo de la Alemania hitleriana. Permítasenos, al comienzo de estas páginas, señalar otro aspecto del Tercer Reich. No es su violencia sino su prudencia lo que deseamos subrayar. El mejor título del nacionalsocialismo a la estima alemana reside, a nuestro parecer, en su lucidez y en la precisión con que siempre ha sabido proporcionar su acción y sus medios".⁸

Este poder que Hitler construye sin cesar responde a una inquietud que nunca se apacigua, porque es inconsciente. Rechaza la idea de su impotencia y vive el revés de esa ansiedad. Como la fuente de su malestar no se agota nunca, es insaciable y necesita siempre más poderío.

Así como Hitler no puede experimentar ninguna satisfacción sexual, nunca goza de un éxito, nunca se contenta con lo que es: todo su interés está en el futuro. Así se explica el prodigioso dinamismo del régimen nacionalsocialista. Nada se creó para ser disfrutado, sino que todo se alcanza para tener un punto de partida, de donde se continuará la carrera loca, sofocante, extenuante. ¡Alemania debía vivir en un continuo jadear! Era ilusorio pensar que un día Hitler pudiera despertar saciado. Mientras quedara algo por conquistar, era preciso que él lo tomara.

⁸ ROBERT D'HARCOURT: *Ambitions et méthodes allemandes*. París, Sorlot, 1939, pág. 8.

Hemos mostrado que la mayor parte de la libido de Hitler se había desplazado de su objeto sexual y era empleada en una construcción narcisista que debía conducirlo al triunfo sobre el mundo, triunfo que, para las profundidades de su subconsciencia, representaba el aplastamiento de su padre. En la infancia, efectivamente, la realidad a la que debemos someternos está representada a menudo por el padre, quien exige que renunciemos a esto o aquello porque no todo deseo es realizable. Es también un hecho frecuente que, en la vida subconsciente de los neuróticos, el padre sea representado luego por la realidad exterior al individuo. Hitler tenía necesidad de arrasar el mundo, como tenía necesidad de arrasar con la voluntad de su padre.

Con los años ese fin vino a ser predominante; y como en la infancia poseer a la madre implicaba previamente la eliminación del padre, en la edad adulta era preciso destruir el mundo antes de tener la paz. La paz que Hitler buscaba, y que él prometía al pueblo alemán, no es aquella con que todos soñamos: es la paz en que no habrá más enemigos, porque todos estarán aniquilados. ¡Entonces podría empezar la era del gozo!

EL "SUICIDIO" DE GELI

¿La libido de Hitler habrá derivado totalmente hacia esa construcción narcisista? No. Conocemos una serie de mujeres con quienes estuvo tan vinculado que periódicamente se hablaba de un inminente matrimonio. Las principales de esas estrellas fugaces fueron la señorita Hanfstaengl, que más tarde se casó con el cirujano Sauerbruch; la señora Winifred Wagner, la actriz Leni Riefenstahl, la célebre cantante Margareta Slegak, Jenny Hoff-man, etc.

A pesar de su número, no parece que ninguna de ellas haya podido tener con el Führer relaciones sexuales regulares.

Por su parte, Konrad Heiden ha escrito. "Existen documentos que arrojan una luz sorprendente sobre las relaciones de Adolfo Hitler con las mujeres. Tales documentos establecen sin discusión que adopta frente a las mujeres amadas una actitud servil... Todas esas relaciones son oscuras y misteriosas; quiere, en contradicción con la verdad, pasar por un hombre sin vida privada. Sus relaciones, casi sin excepción, se rompen bruscamente en un momento dado, y en muchos casos puede establecerse que la ruptura no ha venido de Hitler sino de la otra parte... Por lo tanto, se ha sospechado con razón que la vida pasional de Hitler no era normal; pero se ha tomado, a menudo, una dirección falsa. No es homosexual ni hermafrodita, sino que está afectado por ese vicio que ilustró el escritor Sacher-Masoch".⁹

En un orden de cosas tan delicado, estamos obligados a mencionar nuestras fuentes. Que se nos perdonen todas estas citas: son necesarias para demostrar que las informaciones de esos hombres que han vivido un tiempo en la intimidad de Hitler no se contradicen unas a otras.

"Personalmente -agrega Otto Strasser- yo he conocido tres mujeres que, en la vida de este asceta de imaginación pervertida, tuvieron algo que ver. He recibido las confidencias de una de ellas y para mi esquema es bastante. La primera era la esposa de Bechstein, el fabricante berlinés de pianos, hombre de acrisolada reputación. La señora Bechstein tenía veinte años más que Hitler, y le consagraba un amor extático, teñido de una sombra de maternidad. Cuando Adolfo venía a Berlín se hospedaba a menudo en lo de ella, y citaba en la mansión de esa amiga devota a los hombres políticos que deseaba conocer".¹⁰

Hitler conoció a esa mujer cuando apenas había salido de la fase de la timidez y la inhibición. Obsérvese que en esa época, aunque tenía ya más de treinta años, buscaba más una madre que una compañera sexual.

"Este amor completamente platónico -asegura Strasser- no debía, a la larga, satisfacer a Hitler, que había conocido a una Eva más joven y,

⁹ KONRAD HEIDEN: *Hitler*, págs. 390 y 391.

sin duda, más atrayente. En verdad, la hija del fotógrafo Hoffman era una adolescente de belleza excepcional, una rubia transparente de cuerpo de efebo. Hitler la atrajo a su intimidad. La señorita Hoffman parlotéó tanto y tan bien que su padre vino un día a pedir explicaciones al seductor de Munich. Hitler no era aún Canciller del Reich, pero su fama acrecía y en Europa se hablaba ya de él. La cuestión se arregló rápidamente. Al salir del departamento, Hoffman gozaba de la exclusividad en las fotos de ese hombre para todo el mundo".

Otros casos terminaron trágicamente. Mujeres de las que se sabía con certeza que habían conocido íntimamente a Hitler, fueron halladas muertas. Hablóse de suicidio.

El caso sobre el que se posee más detalles es el de Angela Raubal, que era sobrina de Hitler. Linda campesina rubia, había venido con su madre a vivir a casa de su tío, en Munich. Tomaba lecciones de canto y adoraba a su tío, por quien tenía una verdadera veneración. Atraído por su vitalidad, por la viveza de su espíritu, el tío Adolfo la llevaba consigo a todas partes. La pareja llegó a ser tan inseparable que algunos indiscretos se dieron a chismorrear, entre ellos Munder, el *gauleiter* de Wurtemberg, a quien se destituyó para que aprendiera a refrenar la lengua. Con el tiempo, el tío se hace más exigente: quiere usar, y usa, de su autoridad familiar para que la muchacha se preste a sus caprichos masoquistas. Las relaciones entre ambos se deterioran, la pequeña Geli empieza a hacer confidencias y le trata de canalla. El tío monta en cólera, le impide verse con la gente, le hace escenas de celos, la encierra por días enteros. Finalmente, en 1921, habiéndole tomado asco, quiere dejar a su tío, volver a su tierra. Ya había hecho sus confidencias a algunas personas del partido, cuando fue hallada muerta de un balazo, el 18 de setiembre.

Otto Strasser conocía a Geli personalmente. Ella le había manifestado que su tío la encerraba cuando ella decía que no. "No hubo que preguntarle mucho: con ira, repugnancia, horror, me contó las extrañas proposiciones con que su tío la perseguía. Yo estaba al corriente de las

¹⁰ OTTO STRASSER: *Hitler y yo*, pág. 84.

imposibilidades de Adolfo: como todos los iniciados, yo también había oído hablar de los caprichos extravagantes a que se había prestado la señorita Hoffman. Sinceramente, yo había pensado entonces que la hija del fotógrafo era histérica e inventaba a su antojo. Pero Geli, en la más completa ignorancia de la otra aventura de su tío, me confirmó punto por punto lo que la imaginación de un hombre sano tiene empacho en creer"... "Habiendo empezado con las confidencias, no callaba más. Su tío la secuestraba literalmente. Ella no tenía derecho a ver un hombre"¹¹

Hitler confesó a Gregor Strasser que él mismo había matado a su sobrina en un acceso de cólera; estaba tan desesperado que Gregor pasó tres días y tres noches a su lado para calmarlo. Más tarde Strasser narró a sus hermanos Otto y Paul lo que Adolfo le había confesado.

Gurtner echó tierra sobre el proceso: pretendió que Geli se había suicidado, lo que le valió el puesto de presidente del ministerio de Justicia del Tercer Reich.

El homicidio de la pequeña Geli fue probablemente el primer crimen cometido por Hitler. Después de ese crimen, Hitler pasó por un período de depresión en que fue trabajado por su complejo de culpa; más adelante, trató de mostrarse duro y de forjarse un alma cada vez más cínica, para olvidar así su crimen y destruir su conciencia.

Ese acto tuvo ciertamente por consecuencia la de reforzar su brutalidad. Y cuando, a partir de 1932, los crímenes políticos se multiplicaron, Hitler fue como poseído y sentíase obligado a cometer siempre nuevos crímenes para olvidar mejor los antiguos.

Con todas las mujeres -salvo algunas judías, si hemos de creerle al doctor Krueger- Hitler es impotente. La rabia que le producen esos fracasos lo impulsa a vengarse en las mujeres, a desear humillarlas. Se comprende la decepción de la señora Goering, de la señora Goebbels y tantas otras, que tuvieron el privilegio de ser, aunque por una sola noche, las elegidas del Führer.

¹¹ OTTO STRASSER: *obra citada*, págs. 85 y 86.

Tales son los documentos que hemos podido recoger sobre las relaciones femeninas de Hitler. Observemos que no amó a ninguna de esas mujeres. Trató de someterlas a su voluntad para consumir sus actos perversos, pero tan pronto como ellas trataban de escapar a su dominio no tenía para con ellas sino sentimientos de baja venganza. Si ha podido seducir a una mujer, trata de conservarla por medio del terror y la opresión, no por el amor.

PAROXISMO SADOMASOQUISTA

Hitler nunca ha tenido una vida sexual continua, sino episodios que son poco numerosos. Aparentemente, necesitaba descargar su ansiedad antes que hallar una satisfacción sexual. Si comparamos lo que ocurre en él con lo que padecen otros enfermos, no cabe duda de que el proceso es más cerebral que sensorial. El elemento esencial consiste en un paroxismo de ansiedad ante la idea de reclamar la perversión de la compañera, paroxismo seguido de una gran calma y de una indiferencia total hacia ella.

Señalemos, por otra parte, que esas descargas de angustia no se manifiestan solamente en su vida sexual, sino también en su vida política. Diríase que creaba a menudo situaciones cada vez más tensas (Austria, Checoslovaquia, Polonia) y que retenía su decisión, para vivir en un paroxismo de angustia; luego venía una decisión abrupta, como una descarga de ansiedad y de odio, y por fin una indiferencia asombrosa. Después de haberse posesionado de un país, confiaba su administración a los subordinados y no se preocupaba ya de la suerte de su nueva conquista. Nos inclinaríamos a ver en ello una especie de equivalencia de sus actos sadomasoquistas.

La actitud masoquista frente a la mujer coincide, frecuentemente, con una actitud sádica frente al hombre. Hitler era cruel y brutal: otra forma de compensación de su impotencia.

En su artículo titulado "Algunos tipos de carácter en psicoanálisis", Freud describió individuos que llegaron a ser criminales como consecuencia de un complejo de culpa. Nada se puede reprochar a tales hombres antes de su crimen, que por lo común aparece tardíamente: no eran ladrones ni mentirosos. Lo que parece contradictorio con el comportamiento escrupuloso de tales individuos, es que se declaran aliviados después de haber cometido el acto. Parecen encontrar una especie de distensión en el hecho de fijar en su crimen sus sentimientos de culpabilidad subconscientes y difusos, que hasta entonces sufrían bajo la forma de una simple enfermedad incomprensible. Los conflictos subconscientes impulsan al neurótico a ver en esos síntomas el crimen y el castigo,¹² mientras que el perverso carga con el crimen y espera su castigo de la sociedad. Los criminales de que hablamos actúan como los perversos para desembarazarse de una tensión psíquica que pesaba sobre ellos. Freud añade que ésta se debe casi siempre a una culpabilidad reprimida, que guarda relación con un complejo de Edipo mal liquidado.

En Hitler vemos un fenómeno análogo, no después del homicidio de su sobrina, que parece haberle dejado una culpabilidad real, sino después de la purga del 30 de junio de 1934, cuando por primera vez suprimió a la oposición por medio de una matanza que él había ordenado y de la que él mismo participó. Desde entonces diríase que su naturaleza cambió, y que abandonando cada vez más las características de un neurótico, tomó las de un perverso. Había gustado el placer de la venganza, y de allí nació una inextinguible sed de sangre. En él, un crimen pedía otro para sofocar su culpabilidad; tenía necesidad de afirmar siempre más fuertemente su derecho de déspota y de asesino.

¹² Freud entiende que las neurosis expresan simbólicamente una agresión y una punición. Por ejemplo, la mujer que tiene miedo de hallarse sola en un lugar público, y obliga a su marido, que ella detesta, a acompañarla por todas partes. Así envenena la vida de su esposo y se castiga a sí misma.

LA PARANOIA DELIRANTE

El gran público se imagina, a veces, que todo alienado es un hombre por completo incoherente en sus expresiones, siempre agitado, violento o alucinado. Hace tiempo que los alienistas han aislado un grupo de enfermos que sólo desvarían sobre un punto o un pequeño número de ideas.

Estas afecciones, llamadas monomanías, locuras razonantes, *paranoia*, se caracterizan por los siguientes síntomas:

Multiplicidad y organización de interpretaciones delirantes, ausencia y escasez de alucinaciones, persistencia de la lucidez y de la actividad psíquica, incurabilidad sin demencia terminal. Trastornos del carácter, procedentes sobre todo de la necesidad que sienten estos enfermos de imponer a sus allegados sus falsas convicciones.

La mayoría de los paranoicos son internados no por sus ideas delirantes, sino por su carácter violento e impulsivo. Estos enfermos no establecen relaciones normales con el prójimo. Ignoran la colaboración, dominan o quieren dominar a todos aquellos con quienes entran en contacto. Son inaccesibles a la experiencia y a los razonamientos de los demás, porque están convencidos de la realidad de sus ideas delirantes.

Si debemos lamentar tantos homicidios cometidos por locos lúcidos, es porque no siempre es fácil formular ese diagnóstico. Tales enfermos razonan admirablemente, pero parten de premisas falsas. Es enorme su poder de persuasión. Cuando se trata de internarlos porque llegan a ser una amenaza para parte de sus familiares o amigos, logran generalmente convencer a alguno, aunque sea médico o abogado, de que van a ser internados arbitrariamente. Aplázase esa medida de seguridad y poco después se sabe que han matado a un pariente o un amigo.

El diagnóstico era tanto más difícil en el caso de Hitler porque era presidente del Tercer Reich, lo que le confería el privilegio de imponer a los otros sus ideas delirantes, y encerrar o matar a todos aquellos que se oponían a su voluntad despótica. La consecuencia es que no aparezcan en él buen número de síntomas que son reacciones a la internación o a las coacciones de la sociedad. Por fin, otros síntomas que habrían impresionado si Hitler hubiera sido un simple particular, pasaron inadvertidos porque se los aceptaba con más complacencia en un hombre revestido de la autoridad de un jefe de Estado. Pero haga el lector un esfuerzo de imaginación y represéntese a Hitler, no ya como dictador de Alemania, sino como colaborador de una gran empresa comercial. Supongamos también que sus asociados fuesen hombres de sentido común, que no se dejaran arrojar tierra a los ojos. ¿Qué ocurriría? Cuando se hubieran adoptado ciertas decisiones en un sentido contrario a la voluntad de Hitler, él habría injuriado a sus colegas, amenazado y pasado a las vías de hecho. Habría que expulsarlo de la compañía; él, que pensaba seguramente en presidir el consejo de administración, vería en esa medida una injusticia y su rencor desembocaría en cartas de amenazas, procesos y actos cada vez más peligrosos. Al cabo de poco tiempo sería forzoso internarlo.

Debo a la amabilidad del profesor Rubin, el famoso ginecólogo de Nueva York, el relato siguiente. Hallábase en Munich en 1927 y entró una noche con su mujer y un amigo en la cervecería de Burgerbrau. Como no había mesa libre, se les hizo sentar a una mesa en la que se hallaban otros hombres que entonaban cantos patrióticos. Uno de ellos interpeló bruscamente al profesor Rubin y le preguntó por qué los alemanes de los Estados Unidos no expulsaban a ese judío de Wilson, y luego trató a todos los norteamericanos de judíos. La escena era desagradable, después de replicar al desconocido, el profesor Rubin y sus huéspedes se retiraron. A la mañana siguiente, después de una caminata por la ciudad, en momentos de volver al hotel, el mismo personaje los insultó en la calle. El profesor Rubin pidió entonces al portero que alejara al importuno. El portero respondió "No haga caso de ese hombre: es un

loco llamado Hitler. Nosotros lo conocemos bien porque cree ser el Führer del pueblo alemán".

He querido referir este incidente porque me pareció significativo que en 1927, Hitler, por su comportamiento, diera a las gentes de la calle la impresión de ser un exaltado y hasta un alienado de verdad. Aun no tenía el prestigio suficiente para que la mayoría de sus conciudadanos pudiera verlo distinto del que era. Es posible también que, por no tener en esa época la posibilidad de manifestar toda su agresividad, haya sido, efectivamente, más extravagante que en sus años de poder.

DELIRIO DE GRANDEZA

Los dos temas delirantes que hallamos más frecuentemente en este tipo de enfermos son las ideas de grandeza y las ideas de persecución.

¿Hitler fue un hombre que realizó una alta ambición, o un loco agitado por su delirio?

Evidentemente, el paranoico, encerrado en su pabellón, reducido a la impotencia por sus enfermeros, hace un triste papel en comparación con Hitler, cuando se jacta de ser Napoleón. Pero el hecho de que el Führer, gracias a un fenómeno social curioso, haya encontrado un eco a sus ideas delirantes, no debe provocar en nosotros ilusión alguna ni hacernos subestimar su psicosis.

Antes de ocupar una posición que guardara relación con sus ideas de grandeza, cuando era simple prisionero político en la fortaleza de Landsberg, en 1923, vislumbraba ya su misión: conquistar todo el mundo para imponerle la "Pax Germánica".

"La paz -escribía en *Mein Kampf*- no puede ser dispuesta por pacifistas afeminados, con una rama de olivo, sino que debe fundarse en la espada victoriosa de una nación de jefes que conquistan el mundo para el servicio superior de la cultura".

Ya en esa época tenía una altísima idea de sí mismo, como lo prueban los textos siguientes, tomados de *Mein Kampf*:

"La más bella concepción teórica -escribe- carece de objeto y de valor si el Führer no pone las masas en movimiento hacia ella. Inversamente, ¿qué sería toda la genialidad y todo el ímpetu del Führer, si un teórico inteligente no determinara sus fines para la lucha humana? Pero la reunión del teórico, del organizador y del Führer en una sola persona es la más excepcional que se pueda hallar sobre la tierra. Esa reunión produce el Gran Hombre".

En las páginas siguientes Hitler nos muestra que él posee todas esas cualidades. Se trata de una reacción típica de esas personas a quienes su padre no ha dejado de repetir: "No llegarás a nada bueno". Tienen necesidad de triunfar, y triunfar al máximo, en los órdenes más diversos.

Hitler está convencido de la verdad absoluta e infalible de su pensamiento, y de la necesidad de destruir y aniquilar cuanto se le oponga. Poco importa si es preciso sacrificar millones de hombres: lo único que cuenta es su pensamiento, y éste debe triunfar. En otros términos, toda la realidad exterior es suprimida; no importa sino esa visión de grandeza que exalta su imaginación.

La necesidad obsesiva de desempeñar un papel único, y de primer plano, en el corazón de cada uno, debía conducirlo a imprimir a su vida el sentido de una misión divina. "A la doctrina cristiana de la primacía de la conciencia individual y de la responsabilidad personal, yo opongo -ha dicho- la doctrina liberadora de la nulidad del individuo, y de su sobrevivencia en la inmortalidad visible de la nación. Suprimo el dogma de la redención del individuo por el sufrimiento y la muerte de un Salvador Divino, y propongo un dogma nuevo de la substitución de los méritos: la redención de los individuos por la vida y la acción del nuevo legislador Führer, que viene a aliviar a las masas de la carga de la libertad".¹³

¹³ RAUSCHNING: *Hitler me dijo*.

El delirio de grandeza trabajó incesantemente en Hitler. No le bastaba con ser el amo de Alemania. Fundador de una religión y de un orden político nuevo, debía llegar a señor del mundo: su misión era mesiánica y universal.

Llegamos a esta paradoja: Hitler, que ha probado ser totalmente inepto en la práctica, que ha sido el desocupado incapaz de adaptarse al trabajo, aun al más simple, distribuía unos años más tarde, en toda Europa órdenes absolutas y a menudo fantásticas. Sus subordinados debían ejecutarlas, porque sabían que pagarían con su vida toda infracción o todo fracaso en el cumplimiento de las voluntades del jefe. A Hitler le bastaba con querer las cosas y las cosas se hacían. Organizó un ejército de esclavos gracias al cual pudo realizar el sueño infantil de la omnipotencia de su pensamiento. Ordenaba, millones de súbditos ejecutaban. Su delirio exigía siempre más poder, y no podía satisfacerse sino en lo absoluto. No debía apaciguarse sino el día en que mandara solo en toda la tierra, el día en que hubiera extendido su derecho de vida y muerte a todos los habitantes del planeta, el día en que hubiera destruido todo lo que no era él, todo lo que no lo adorase.

Tales eran las ideas megalománicas de ese loco que algunos tomaron por un gran estadista.

DELIRIO DE PERSECUCIÓN

Desde el día en que su padre se opuso a su carrera de pintor, Adolfo Hitler debió sentirse perseguido, y no tanto por la prohibición formal de su padre como porque éste no estaba dispuesto a reconocer su genio.

Después de su fracaso en la Academia de Viena, hubo de soñar ciertamente con el tema del genio incomprendido, como lo haría más tarde en la prisión de Landsberg, al rumiar el fracaso de su *putsch*.

"En el curso de la existencia humana -escribió melancólicamente en esa fecha- puede ocurrir una vez que el hombre político coincida en

el creador de un programa. Cuanto más íntima es esa fusión, más fuertes son las resistencias que entonces se oponen a su acción. No trabaja ya para exigencias evidentes, para el criterio del primer mercader que acierte a pasar, sino por fines que sólo comprende una pequeña *élite*. De ahí que su existencia esté entonces desgarrada por el amor y el odio. La protesta de sus contemporáneos compensa el reconocimiento futuro de la posteridad para la que trabaja".

Ese texto es particularmente interesante para el alienista. Nos demuestra que si Hitler hubiera encontrado menos eco entre sus contemporáneos, se habría refugiado, como tantos otros paranoicos, en el tema del genio ignorado. Hubiera continuado sobreestimándose, y el elemento persecución habría llegado a ser predominante.

Las memorias de los políticos que vivieron en la intimidad de Hitler indican que el Führer interpretaba una cantidad de incidentes como verdaderas conspiraciones dirigidas contra él.

Konrad Heiden nos refiere un hecho típico. En marzo de 1927, Hitler pronunció su primer discurso en público desde su salida de la fortaleza de Landsberg. Al día siguiente el *Volkische Beobachter*, órgano de los nazis, no publicó sino algunas frases trucas de esa larga manifestación oratoria. El taquígrafo encargado de tomar el discurso había perdido sus notas. Hitler, fuera de sí, vio en ello una maquinación de sus enemigos. Estaba convencido de que éstos tenían espías en su diario. Hizo venir al redactor que consideraba responsable de ese incidente, lo cubrió de injurias, gritó que se sentía rodeado de traidores y, como el desdichado quiso responder, Hitler le aplicó una sonora bofetada.

Imbuido de la idea de que él tenía el derecho y el deber de llegar a ser el amo indiscutido del mundo, le parecía que quienes se defendían contra ese insaciable afán de conquista era gente que lo perseguía. Esto rige tanto para sus relaciones privadas como para sus relaciones políticas, y en cada uno de sus discursos de política exterior reaparece ese tema de persecución.

Quien odia con el ardor de un Adolfo Hitler, se siente, por fuerza, profundamente odiado. De ahí la sospecha constante de que todos querían su desgracia.

La organización de la Gestapo es otra manifestación de su ansiedad. Hitler olvida que él tiraniza; sólo ve que se lo amenaza. Proyecta sus sentimientos de odio en las personas que lo rodean, como si fueran ellas quienes buscaran pleito.

Ese mecanismo de proyección es muy conocido. Freud lo ha estudiado, el primero, en los niños que padecen de fobias. Consiste en no tomar conciencia de sus propios sentimientos y atribuirlos a otros. Ese procedimiento tiene un valor económico para el individuo: le ahorra el sufrimiento de los sentimientos de culpabilidad y, además, transforma un conflicto interior, entre dos tendencias de la personalidad, en un conflicto exterior. De esta suerte la unidad de la persona está mejor conservada, ofrece más fuerza de resistencia al mundo exterior, pero, por otra parte, el individuo utiliza ese mecanismo a expensas de su sentido de la realidad.

SELECCIÓN DE LA REALIDAD

Hemos estudiado las ideas de grandeza y las ideas de persecución de Hitler. Estas no son realmente comprensibles si no las insertamos en el sistema paranoico al que pertenecen.

En su discurso del 28 de abril de 1939, Hitler declaraba: "He devuelto al Reich las provincias que en 1919 nos habían sido robadas. Gracias a mí volvieron a su país de origen millones de alemanes, a los que se había apartado de nosotros y que vivían en la miseria. He restablecido la unidad histórica del espacio vital alemán. Me he esforzado, señor Roosevelt, por obtener todo esto sin efusión de sangre y sin imponer a mi país, y por consiguiente tampoco a los otros pueblos, la miseria de la guerra."

"Yo que, hace veintiún años, era un obrero desconocido y un soldado de mi patria, hice todo esto, señor Roosevelt, gracias a mi propia energía. Puedo, por consiguiente, ante el tribunal de la historia, reclamar un sitio entre esos hombres que han cumplido el máximo de lo que, razonablemente, podía pedirse a un solo individuo".

Cuando leemos esta declaración es difícil desechar la idea de que Hitler, al hacerla, era sincero. Pero tan pronto como adherimos a esta tesis nos vemos obligados a admitir al mismo tiempo que él no veía las cosas como nosotros, que una parte de la realidad se le escapaba y que no podía salir de su propio punto de vista.

Analicemos este texto y hallaremos inmediatamente los defectos específicos del pensamiento paranoico.

Hitler extrae de una realidad compleja ciertos hechos que actúan en el sentido de sus deseos, o de sus ideas delirantes, y tiene una convicción absoluta e inquebrantable de que esa verdad parcial constituye "toda la verdad". Es lo que decimos del pensamiento paranoico: las premisas son falsas, pero los razonamientos que siguen son justos. Hitler considera que, al restituir al Reich todas las minorías alemanas, cumple una obra de paz. Considera que esos alemanes tienen necesidad de un espacio vital que no pueden hallar sino avanzando hacia el Este, y sometiendo a razas que él considera inferiores, e incapaces de gobernarse por sí mismas. Habiendo cumplido gran parte de su programa, está contento con su trabajo y no puede comprender que se lo critique, a menos que sea por mala fe.

Toda una parte de la realidad se le escapa: aquélla en que no está interesado, la que no significa ningún triunfo para él. De la anexión de Austria no conservó sino el recuerdo de los nazis entusiastas que lo aclamaron. Sabe bien que había adversarios, pero en su espíritu se trata únicamente de un puñado de imbéciles, incapaces de comprender la grandeza de los acontecimientos, la grandeza de ese Reich que va a conquistar el mundo.

Su memoria es selectiva, y no retiene más que el éxito. No comprende que otras naciones puedan atemorizarse por el crecimiento del

Reich, de su poderío militar, por el hecho de que lo dirige un hombre que no respeta ninguna de sus promesas.

La única realidad que Hitler columbra es su sueño, esa tarea de conducir su pueblo a la victoria, de liberarlo del *Diktat* de Versalles. Y en ese sentido, ¿no ha mantenido sus promesas? Todo mundo distinto al de su sueño no le interesa, todo otro mundo debe desaparecer.

Cualquiera sea la cuestión política que Hitler exponga, nos hallamos con esa subjetividad que lo obliga a deformar los hechos, a destacar una verdad parcial como si fuera una verdad absoluta. Pero está tan convencido, que cree a pie juntillas en la mala fe de los otros.

Por lo tanto, no puede concebir que alguien no sienta admiración por la forma aparentemente pacífica en que consumó el *Anschluss*: "Esto deberían entenderlo todos esos apóstoles internacionales de la verdad, que hoy mienten, que quieren ver en este acto un acto de violencia y rehúsan ver los hechos, porque no corresponden a su canon".¹⁴

Gracias a estas citas podemos comprender que Hitler vivió en un mundo distinto del de sus adversarios, que no pudo comprenderlos nunca porque sus normas eran distintas. Era absurdo firmar un tratado con él, porque las cláusulas de ese tratado no podían tener el mismo significado para las dos partes contratantes. Lejos de ver, por ejemplo, en el *Anschluss*, la menor violación de compromisos anteriores, declaró el 8 de abril de 1938: "Creo que fue la voluntad de Dios la que envió aquí, a Alemania, a un joven para que creciera y se desarrollara con el fin de ser el jefe de la nación y devolver su patria al Reich. Hay un orden superior: nosotros no somos más que sus servidores... Lo que se consumó en tres días no puede ser considerado sino como el deseo y la voluntad de esa Providencia.

LA FORMA DE SU ALIENACIÓN

¹⁴ Discurso del 25 de marzo de 1938.

Hace justamente lo que reprocha a los demás. Pero el fin, en él, justifica los medios. Hitler tiene una gran misión que cumplir: la de conducir a Alemania a la hegemonía sobre todos los otros pueblos. Todo lo que se haga para el éxito de esa empresa le parece legítimo, porque él no puede verla sino desde el punto de vista alemán.

"Es imposible decir que quien se propone realizar ciertas revisiones viola una ley, puesto que el tratado de Versalles no tiene fuerza de ley para nosotros. Se nos ha arrancado nuestra firma con el revólver al pecho, y amenazado con el hambre a millones de hijos de nuestro pueblo, y luego se ha elevado al rango de ley a ese documento que llevaba nuestra firma obtenida por la fuerza."¹⁵

En ese texto Hitler no solamente altera la verdad, sino que protesta además contra la validez de un tratado impuesto con la amenaza de las armas y del hambre. Pero poco tiempo después imponía, en las mismas condiciones que él criticaba, tratados draconianos a diez países de Europa.

En ese mismo discurso legitimaba su ataque a Polonia, pues éste, dijo, era "un país edificado sobre la fuerza y gobernado por medio de la policía y el ejército". Le parece normal que Alemania no repose sobre la democracia sino sobre la fuerza y el ejército, y sin embargo reprocha a sus vecinos el estar formados del mismo modo.

De una manera constante se atribuye el derecho de hacer cosas que critica en los otros y de reprochar a los otros los defectos que él padece. "Ni el pensamiento admitimos de que estadistas o parlamentarios británicos practiquen, en el interior de Alemania, encuestas sobre la suerte de súbditos del Reich".¹⁶ Hitler encuentra, en cambio, perfectamente natural interesarse por lo que pasa en Austria, en Checoslovaquia, en Polonia. Omite hablar de los campos de concentración que ha organizado, donde perversos sádicos están encargados de torturar a

¹⁵ Discurso del 1º de septiembre de 1939.

pobres ancianos u hombres subalimentados cuyo único crimen es pensar de otro modo que el Führer. No comprendía que había allí un crimen de lesa humanidad, que debía rebelar a todo ser civilizado.

Unos días después de una campaña de prensa alemana contra Checoslovaquia, Hitler dicta una lección a las otras naciones:

"La tarea de asegurar la paz del mundo -dice- implica también que los estadistas y políticos responsables se ocupen de sus propios asuntos y se abstengan de inmiscuirse constantemente en los problemas de los otros países y de los otros pueblos. Con recíprocas consideraciones de esta índole, se crean condiciones favorables a la paz, paz que ningún país desea más seriamente que Alemania".

Hitler, disociado de la realidad y sólo a medias inmerso en ella, no advierte que hace justamente lo que predica a los demás que no hagan.

Como hemos visto, concibe siempre todos los problemas desde un punto de vista puramente egocéntrico. Puesto que él, pobre y plebeyo, ha llegado a ser el Führer de los alemanes, concluye que el nacional-socialismo es la institución más democrática del mundo; en ese momento, olvida todo el carácter tiránico de su régimen, "Tan grande ha sido nuestra revolución que sus bases espirituales no han sido comprendidas aún hoy por un mundo superficial. Ellos (las gentes de otros países) hablan de democracia y de dictadura, y no han comprendido que en este país se ha operado una revolución que puede ser descripta como democrática en la más alta acepción del término. ¿Existe un socialismo más glorioso, o una democracia más real, que la que permite a un alemán cualquiera convertirse en jefe de la nación? El fin de la revolución no era privar a una clase privilegiada de sus derechos, sino elevar al mismo nivel a una clase que no los tenía..."¹⁷

Inútil insistir en que todas estas afirmaciones son falsas y que sólo se explican por el hecho de que Hitler juzga esa revolución desde el punto de vista de lo que ella ha significado para él mismo.

¹⁶ Discurso del 9 de octubre de 1938.

¹⁷ Discurso del 1º de enero de 1937.

Hitler estaba siempre convencido de su derecho, de sus buenas intenciones, de la importancia de su misión, de la excelencia de sus procedimientos. Al obrar así se conducía como todos los paranoicos. Si uno de ellos está encerrado en un asilo, pide siempre nuevas concesiones, y cada visita del médico provoca recriminaciones, discusiones sobre sus derechos. Promete cosas que nunca cumple. Por ejemplo, suplicará que se le deje salir con un enfermero para no verse confinado en el patio del establecimiento; no comprende que es más agresivo que otros y que su caso exige más prudencia; promete que no tratará de huir. Cuando se le acuerda lo que pide, lo primero que hace es atacar a su enfermero para darse a la fuga. ¿La había premeditado? Ciertamente, la idea cruzó por su imaginación, pero la había reprimido. Se había convencido de que no lo haría, para obtener por lo menos la concesión de salir acompañado. Pero, alcanzado un objetivo, el que cuenta es el siguiente, y no descansa hasta alcanzarlo. Esa inestabilidad lo hace insincero. Si se produce un incidente de esta clase, cuando el paranoico lo relata él es siempre inocente y el enfermero culpable. Estará convencido de que él lo atacó porque el otro fue desconsiderado; olvida que él quería escapar.

SU ESQUEMA DE JUSTIFICACIONES

"No pedíamos nada, absolutamente -dice Hitler- sino la igualdad de derechos, del mismo modo que habíamos reclamado el derecho de reunirnos libremente, derecho que poseían los otros. Hemos pedido el derecho de hablar libremente, el mismo derecho que tenían los otros partidos parlamentarios. Nos fue negado y se nos persiguió por terrorismo; sin embargo, hemos construido nuestro partido..."

Hitler dice que su partido reclamó el derecho de reunirse libremente, pero omite añadir que ese derecho le fue retirado por su tentativa de *putsch*, y que es un derecho del cual él privó a los demás partidos tan

pronto como llegó al poder. Dice que su partido reclamó el derecho de hablar libremente; pero omite añadir que en las asambleas organizadas por el partido, todos aquellos que no pensaban como el Führer eran golpeados brutalmente y sacados de la sala.

Si Hitler no cita estos hechos no es por deslealtad, sino porque, como todos los paranoicos, es un espíritu falso que nunca ve todos los aspectos de una situación. Su objeto ha sido unificar a todos los alemanes en un mismo sentimiento y eliminar los diferentes partidos que los dividían. Creyó así pacificar a Alemania y nunca vio sino el fin que se proponía, sin caer en la cuenta de que, para alcanzarlo, empleaba métodos odiosos y agresivos. Confundía las mejores de sus intenciones con la realidad y se asombraba de que todo el mundo no juzgara del mismo modo.

"No hemos tomado el poder como usurpadores -dirá-, como lo hicieron los hombres de noviembre de 1918; hemos -recibido el poder constitucionalmente, legalmente. No hicimos una revolución a la manera de los anarquistas, sino ejecutando la voluntad del pueblo. Hemos eliminado un régimen nacido de la rebelión y hemos visto que nuestra tarea no era conservar el poder a punta de bayoneta, sino afirmarlo y arraigarlo en el corazón del pueblo".¹⁸

Toda discusión es imposible: como el alienado se sitúa en otro terreno, los argumentos se cruzan sin encontrarse nunca. En todos los textos de justificación o de recriminación que nos entregan los paranoicos, nos vemos obligados a un largo análisis para colocar las afirmaciones de esos enfermos en su verdadera luz. Lo mismo ocurre con los discursos de Hitler; podemos tomar cualquier texto, siempre representa una verdad trunca; y si quisiéramos discutirlo con Hitler, habría que empezar por hacer una serie de rectificaciones. Tomemos al azar uno más:

"Ante todo, la cultura alemana, como su nombre lo indica, es alemana y no judía, de modo que su organización y su desarrollo deben ser

confiados a personas de nuestra propia nación. Si el resto del mundo se lamenta hipócritamente de que los bárbaros alemanes expulsen este elemento irremplazable y de tan alto valor intelectual, no podemos sino asombrarnos; justamente, deberían estarnos agradecidos de que libere-mos a esos apóstoles de la cultura, para ponerlos a disposición del resto del mundo".

Hitler hace un juego de palabras y empieza por decir que la cultura alemana se debe a los alemanes, cuando, en cambio, se debe a las personas de lengua germana. A principios del siglo ha sido honrada y desarrollada por espíritus tales como Eucken, Freud y Einstein, los tres israelitas. En su crítica, Hitler demuestra que es perfectamente incapaz de ponerse en el lugar de los demás, porque no concibe que el extranjero pueda indignarse desde el punto de vista del judío, que se pueda simpatizar con esos hombres perseguidos, expulsados de su país, obligados a adaptarse a otra lengua, etc. Considera el problema como si el judío fuera inexistente en sí mismo: es una mercadería que no queremos; alé-grense, por lo tanto, de que yo se la deje a ustedes. Además, Hitler razona como si las potencias hubieran pretendido que todos los judíos son geniales. Gracias a estas simplificaciones, puede tranquilizarse y persuadirse de que no es peor que los otros, sino simplemente menos hipócrita.

Para el alienista, que ha vivido con paranoicos, que a menudo discutí con ellos, es fácil comprender que viven en otro mundo de pensamientos y que no pueden razonar como nosotros. El hombre que no es un especialista desecha más difícilmente la idea de que esas disociaciones del espíritu, esos rechazos parciales de la realidad, son otras tantas manifestaciones de una malicia consciente y calculada. Nosotros no discutimos que Hitler fue un anormal cínico, que no tenía ningún escrúpulo en mentir, robar o matar; pero, además de su naturaleza depravada y perversa, podemos registrar la constancia de un grupo de ideas falsas que constituyen realmente un delirio sistematizado paranoico. Ello es tanto más convincente cuanto que, al leer el conjunto de los dis-

¹⁸ Discurso del 13 de julio de 1934.

cursos de Hitler, impresiona la pobreza de sus temas. A propósito de cada problema, reaparecen siempre los mismos argumentos, siempre el mismo sistema de defensas y racionalizaciones. Nunca hay un estudio de las nuevas circunstancias, aplica monótonamente el mismo esquema de justificaciones y acusaciones.

HISTERIA DE CONVERSIÓN

Se distinguen dos formas de histeria: la histeria de angustia y la histeria de conversión.

La primera comprende las fobias: fobia a los animales, que es frecuente sobre todo en los niños; la claustrofobia, que es el horror por los espacios cerrados, túneles, etc., y la agorafobia, que es el miedo a hallarse solo en un lugar público o en medio de una muchedumbre. Ocurre también que estos enfermos sean presa de una angustia que no tiene objeto como las tres anteriores. Es sabido que Hitler padecía crisis de angustia de esta índole.

La histeria de conversión sucede frecuentemente a la histeria de angustia. El miedo ha desaparecido, pero ha sido reemplazado por un síntoma físico que imita una enfermedad orgánica; por ejemplo, el enfermo presentará una parálisis de un brazo o una pierna, dolores en un órgano perfectamente sano, una afonía, etc. La enfermedad que Hitler tuvo después de la muerte de su padre y de la que curó rápidamente cuando el médico le dijo que no tendría necesidad de volver a la escuela, es un caso de histeria de conversión. También se ha dicho que a fines de la guerra Hitler sufrió de una ceguera histérica; lo que sabemos hoy de las cegueras transitorias que pueden sobrevenir como consecuencia de ciertos combates con gases, nos confirma que su ceguera era de esta clase.

Junto a estos síntomas precisos, hallamos en tales enfermos un carácter particular que es más difícil de definir y sobre el que se ha escrito

mucho. No podemos entrar en el detalle de estas controversias. Los rasgos más característicos de esta constitución son: falta de personalidad, deseo obsesivo de gustar a los demás, de tener su aprobación, necesidad de representar un papel, amaneramiento, tendencia a la exageración, actitudes teatrales, modo insinuante y disimulado de alcanzar el fin propuesto, picardía patológica. Todos estos rasgos los hallamos en Hitler. No es solamente un paranoico: es también un histérico. Tiene una necesidad constante de hacer de primer actor, de ser la atracción, de exhibirse, de obtener triunfos estruendosos.

"Carece completamente de simplicidad; se estudia y nunca deja de representar. Empezó por ser el soldado desconocido que sobrevivió a la guerra. Héroe emotivo y oscuro, derrama lágrimas reales sobre la desventura de su patria. Pronto cae en la cuenta de que sus glándulas lacrimales son complacientes; Hitler llora y abusa de ello. Es luego San Juan Bautista, que prepara la venida del Mesías, y más tarde el Mesías mismo, hasta el momento en que se convierta en César. Un día observó el efecto fulminante de sus explosiones de ira; a partir de ese instante, la cólera y los gritos le sirvieron de arma".¹⁹

Lo que en apariencia se había organizado como propaganda de las ideas de su partido, era en realidad una coquetería personal que le servía para concentrar sobre su persona el interés de todo el mundo.

Banderas, bandas, desfiles e innumerables asambleas, en las que se exaltaba frente a una multitud entusiasta, no eran sino histrionismo que satisfacía su vanidad y su sed de poderío.

Al entrar en comunión mística con la muchedumbre, adivinar sus aspiraciones, sus deseos más secretos, al experimentar sus sufrimientos y sus revueltas, cuando deseaba conquistar a esa multitud y halagarla para ser aplaudido con más entusiasmo, sabía crear siempre un verdadero fanatismo en su favor.

Mientras duró la conquista del poder en Alemania, cada ceremonia se convertía en culto; había ritos que se prolongaban horas enteras.

Durante todo el día el incesante llamado del tambor incitaba a la población, la obligaba a dirigirse al estadio. Por fin rompía la música, la asamblea cantaba, se levantaba, lo aclamaba. Entraba una sección de asalto, aclamada por la multitud impaciente, a la que se tenía con el alma en la boca. Una hora, dos horas, tres horas transcurrían. La gente se fatigaba y miraba desesperadamente al estrado, que seguía vacío. A la larga, un oficial anunciaba la próxima llegada de Adolfo Hitler. Por reacción contra el fastidio de las horas precedentes, la asamblea entraba en delirio y prorrumpe en *Heils*, en aplausos y gritos. Antes de haber hablado, Hitler estaba seguro de su triunfo.

En esos momentos poco importaba lo que él dijera, poco le importaba contradecirse, con tal de que la masa lo aplaudiera. Su sinceridad consistía en acoger las ideas de la muchedumbre, en expresarlas, pero no en atenerse a ellas. Tenía esa picardía patológica que le permitía afirmar, creyéndolas por el momento, ideas diametralmente opuestas a las que tendría hallándose solo. Escuchémosle dirigirse a los ex combatientes franceses:

"Algunos dirán, o pensarán, que yo no trato sino de ganar tiempo para concluir mis preparativos. Mi respuesta será breve. ¿Acaso se cree que de un plan de trabajo como el que me he fijado, un hombre no puede esperar, si alcanza su fin, el más noble de todos los títulos de gloria? El reconocimiento de un pueblo es un monumento infinitamente más alto que el que pueden valer innumerables victorias al jefe militar más ilustre.²⁰

Lo que hace a Hitler capaz de mentir tan bien es el hecho de que primero se miente a sí mismo. Tiene tanta necesidad de alcanzar un triunfo, aun ante sus enemigos, que empieza por convencerse de que no quiere causarles ningún mal. Si tuviera intenciones pacíficas, ni siquiera suscitaría la cuestión que plantea. Pero interiormente es múltiple, polimorfo; de ahí que pudiera afirmar cosas tan contradictorias. Es el héroe de la paz, como es el héroe de la guerra. Es vanidoso, cínico, agresivo,

¹⁹ OTTO STRASSER: *Hitler y yo*, pág. 80.

suave, amable, culto, músico. Son otros tantos cajones que puede abrir en su escritorio según las necesidades de la causa. No tiene ninguna estructura personal, ninguna unidad en su carácter. La ambición es el único punto fijo y permanente de su ser. Presentándose ante las masas obreras, exclama: "Conozco a esas masas obreras y querría repetirles esto a nuestros intelectuales: todo Estado que no se funda sino en la *élite* intelectual está construido débilmente. Conozco a esa *élite*... siempre fluctuante, móvil, nunca fija... Las masas tienen la fidelidad y la perseverancia".²¹

Su apóstrofe inicial les permite hacer creer a los obreros que está a su lado, que ha sido uno de los suyos, que pueden tener confianza en él. Sin embargo, el mismo año, dirigiéndose a los industriales del Salón del Automóvil, hará declaraciones contradictorias: "Al adherir a las concepciones absurdas de la masa, los gobiernos marxistas consideraron al automóvil no como una necesidad sino, por el contrario, como algo superfluo, y lo abrumaron con impuestos, según una teoría primaria... De ahí que cuanto menos existe en un pueblo el afán de la cultura, más bajo es generalmente su nivel de vida, más profunda la miseria de sus ciudadanos".

DRAMATISMO PUERIL

No sólo ante la multitud se muestra Hitler teatral, cauteloso y amenazante. Despliega la misma gama de actitudes ante los particulares. Emprende un monólogo, gesticula y monta en cólera, se detiene bruscamente, ostenta una risa satánica y da a su huésped con la puerta en las narices. Martín Fuchs²² nos ofrece un relato impresionante de la última

²⁰ Discurso a los ex combatientes franceses.

²¹ Discurso en el Congreso Nacional-socialista de Nüremberg, 1935.

²² MARTÍN FUCHS: *Un pacto con Hitler*, 1938, pág. 242.

entrevista de Schuschnigg con el delirante canciller. Éste entró en tal acceso de ira que repetía furiosamente las palabras "¡aniquilar, aniquilar!", sin hallar otra cosa que añadir, hasta el momento en que amenazó personalmente a su invitado. Tal era la cortesía diplomática del "pequeño asalariado austríaco", como lo llamaba su predecesor, el mariscal von Hindenburg. Pero Adolfo Hitler, que no era dueño de sí mismo ni cuidaba sus modales, aún encontró el medio de gritarle a su interlocutor, que se retiraba dignamente: "¿No sabe usted que se encuentra ante el más grande alemán que la historia haya conocido nunca?"

El carácter histérico de Hitler se manifiesta también en las maquinaciones complicadas que ponía en juego para alcanzar sus fines, maquinaciones que no hubieran sido necesarias en modo alguno si hubiera tenido la conciencia tranquila y la facultad de marchar derecho a su objetivo.

Sabemos hoy que el incendio del Reichstag y el ridículo proceso que lo siguió, no eran sino una escenificación urdida por Hitler.²³ Convencido de que acrecería el odio de la burguesía contra el comunismo, y de que admiraría su enérgica represión, había inventado ese siniestro procedimiento. En junio de 1934, cuando la purga, inventó la historia del complot; en otoño de 1939, necesitado de un pretexto para asesinar a los oficiales que no quisieron aceptar la alianza con Rusia, pretendió que habían tratado de asesinarle en Munich con una máquina infernal.

Son efectos teatrales que recuerdan los que emplean las muchachas histéricas en sus falsas tentativas de suicidio: la misma dramatización, el mismo misterio aparente, el mismo engaño, la misma puerilidad e ingenuidad. Ellas también creen a veces ser las ciudadanas más importantes de la historia de su país.

EL ALIENADO Y SU HORA

Tal es la fachada, tales son los síntomas de esta constitución histérica. Pero, ¿de dónde procede? ¿Cuál es el origen profundo de esas actitudes?

Hemos visto que Hitler no podía movilizar su libido en el mundo exterior. Como no podía amar a las personas, proyectó en ellas el sentimiento de odio que les profesaba. Se creyó odiado por todo el mundo, y sintió, por consiguiente, una gran nostalgia de ser amado para compensar su inquietud. De ahí esa necesidad constante de triunfos, esa inestabilidad de actitudes, ese oportunismo; de ahí, también, la necesidad de destruir a todos aquellos que no lo adoraban.

²³ HERMANN RAUSCHNING: *Hitler me dijo*. París, 1939, pág. 23.